

secretos para contar

Plan lector

Lecturas y actividades para compartir en familia



BACHILLERATO



Plan lector Bachillerato

Lecturas y actividades para compartir en familia

Edición:

Lina Mejía Correa, Vanessa Escobar Rodríguez.

Antología, escritura de textos y elaboración de guías:

Andrés David Álvarez Castrillón, Daniel Álvarez Betancur.

Corrección Ortotipográfica:

Juan David Villa Rodríguez

Diseño gráfico y diagramación:

Carolina Bernal Camargo.

Ilustraciones:

Carolina Bernal Camargo

Primera edición: 10.000 ejemplares, septiembre de 2021
Secretos para contar ISBN 978-958-53357
Libro Plan lector Bachillerato, Lecturas y actividades para
compartir en familia ISBN 978-958-53357-4-5
Impreso en Colombia por Panamericana Formas e
Impresos S.A.

FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Presidente Consejo:

Lina Mejía Correa.

Directora de relacionamiento:

Isabel Cristina Castellanos Arteaga.

Directora de logística:

Natalia Olano Velásquez.

Directora de educación:

Vanessa Escobar Rodríguez.

Director administrativo y financiero:

Andrés Felipe Correa Martínez.

Consejo de Administración: Juan Luis Mejía A., Juan
Guillermo Jaramillo C., José Alberto Vélez C., Lina Mejía C.,
Manuel Santiago Mejía C., Jorge Mario Ángel A., Fernando
Ojalvo P, Martha Ortiz G., Juliana Mejía P., Jorge Orlando
Melo.

© Todos los derechos reservados
Fundación Secretos para contar
fundasecretos@une.net.co
Tel. 57 (4) 3220690
Medellín - Colombia
www.secretosparacontar.org

**MATERIAL EDUCATIVO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA,
NO TIENE VALOR COMERCIAL.**

Histórico de entidades vinculadas desde el inicio del programa:

Fundación Argos, Fundación Grupo Argos, Fundación Nutresa, C.I. Banafrut S.A., Fundación Sofía Pérez de Soto, Asocolflores, Developing Minds Foundation, Colombiana de Comercio S.A., Fernando Vélez Escobar, Fundación Corbanacol, Comfama, Fundación Celsia, Fundación EPM, Fundación Éxito, Comité Departamental de Cafeteros de Antioquia, Banco de Bogotá, Fundación Fraternidad Medellín, Fundación Ramírez Moreno, Fundación Suramericana, Mineros S.A., Industrias Haceb S.A., Alcaldía de Medellín - Secretaría de Cultura Ciudadana - Secretaría de Educación, Antioqueña de Negocios Ltda., Arquitectos e Ingenieros S.A. - AIA, Augura, Área Metropolitana del Valle de Aburrá, Bimbo de Colombia S.A., Boulevard Mayorca, C.I. Cultivos Miramonte S.A., C.I. Hermeco S.A., Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, Central Hidroeléctrica de Chivor (AES CHIVOR), Cervecería Unión S.A., Coca-Cola Servicios de Colombia, Comfenalco Antioquia, Compañía de Empaques S.A., Compartamos con Colombia, Coninsa Ramón H. S.A., Contegral Medellín S.A., Coordinadora Mercantil S.A., Corantioquia, Corbanacol, Cornare, Corpoayapel, Corporación Cultural Cantoalegre, DeLima Marsh, Distrihogar S.A., Dominante Ltda., Edatel S.A. E.S.P, Electrolux de Colombia S.A., Emilio Restrepo Ángel, Emisora Cultural Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Exxon Mobil de Colombia, Fábrica de Calcefitines Crystal S.A., Fabricato S.A., Ferrasa - Fundación Pizarra, Fundación Amigos de Camilo C. y Jonás, Fundación Aurelio Llano, Fundación Bancolombia, FundaProción Oleoductos de Colombia, Fundación Pinar del Río, Fundación Probán, Fundación Saldarriaga Concha, Fundaunibán, Give to Colombia - Mc Millan Foundation, Giveto Colombia - CITI Foundation, Gobernación de Antioquia - Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia, IDEA, Imusa S.A., Indupalma S.A, Interconexión Eléctrica S.A. - ISA S.A., Isagen S.A. E.S.P, LG Electronics, Londoño Gómez S.A., María Luz Ospina Villa, Merilétrica S.A., Panasonic, Philip Morris Colombia S.A., Procter & Gamble Industrial Colombia, Productos Familia - Sancela, Protección S.A., RCN Radio, Samsung Electronics, Sofasa S.A., Solla S.A., Sony Colombia, Tablemac S.A., Tahamí Cultiflores S.A. C.I., Todelar - Transmisora Surandes, Transmetano S.A. E.S.P, Universidad de Antioquia - Facultad de Ciencias Exactas y Naturales - Herbario (HUA), Warner Lambert y a otras entidades, fundaciones y personas que han ayudado de manera silenciosa.

Gracias a todo el equipo de trabajo que hace posible que la colección Secretos para contar viva en la casa campesina, a las familias del campo por recibirnos, y a los maestros rurales por su gran labor.

Contenido

Presentación	4
1. ¿Quién soy?	6
2. Valorar lo que somos	9
3. ¿Aprovechar o aprovecharse?	14
4. ¿En qué me quiero convertir?	27
5. Los que dejan huella	36
6. La risa	40
7. La amistad	44
8. El ingenio	49
9. El amor de pareja	53
10. Ser justo	58
11. Abrir la mente	65
12. Abrir los oídos	69
13. Cultivar el cuerpo	76
14. Divertirse	78
15. Trabajar el campo	86
16. Naturaleza y maravilla	90
17. Mundo maravilloso	95
18. Más allá de la realidad	104
19. Sueño que sueño	110
20. Soñar con los ojos abiertos	115
Salpicón de cuentos	118

Leer es un placer

Una ventana es una abertura en una pared que nos deja ver lo que hay al otro lado. También permite que entren la luz y el aire al interior de un lugar. Cuando miramos por una ventana, observamos lo que habita en la lejanía, las montañas distantes, los bosques vecinos. Por ella entra la luz del sol que nos calienta y reconforta; entra la brisa de la tarde, que nos refresca y nos trae los aromas de las flores.

Los libros y la lectura funcionan de forma similar. Cuando nos sumergimos en la lectura podemos ver aquello que está más allá de nuestro espacio interior y de nuestro entorno habitual. Los libros son ventanas. Gracias a un libro podemos visitar lugares lejanos, hacernos una idea de cómo son, cuál es su clima, qué criaturas lo habitan, cómo son las personas de allí: sus vestidos, sus comidas, sus costumbres, su forma de pensar. Entendiéndolos de esta forma, los libros son ventanas que nos sirven para viajar a lugares y culturas que, de otra manera, permanecerían ignoradas por nosotros.

A medida que nos convertimos en mejores y más asiduos lectores, esta característica de los libros como ventana se va tornando más interesante. Cada vez podemos imaginar mejor los lugares y las personas, nos volvemos más creativos y surgen con mayor claridad en nuestro pensamiento los paisajes, las ciudades o los personajes que parecen habitar en las letras impresas. Nos vamos transformando en lectores por placer, en espías de otras realidades.

Un libro cerrado que descansa en una mesa o en el anaquel de una biblioteca es un misterio. Con él puede empezar una gran aventura. ¿Qué podrá contener en sus letras? ¿Tendrá imágenes hermosas o sugerentes? ¿Cómo serán su papel y su tinta? ¿A qué olerá? ¿Qué temas tendrá? ¿Será divertido? ¿Sus palabras podrán llevarnos a algún lugar desconocido y hacernos viajar en el



tiempo, quizás siglos, para conocer las costumbres, los deseos, los pensamientos de personajes que habitaron este mundo en el pasado? ¿O será un viaje a un futuro posible, lleno de sucesos asombrosos? Cuando tomamos un libro en nuestras manos no sabemos qué nos traerá. Es una sensación similar a la que nos embarga cuando vamos a emprender un viaje.

Este plan lector que hoy tienes en tus manos es un poco de todo esto. Es una ventana abierta desde la que te sumergirás en el placer de la lectura y conocerás autores de diferentes épocas con sus relatos, que surgieron en geografías muy diversas. Escogimos cuidadosamente cuentos que te permitirán mirar al mundo más allá de los mares y las montañas que te rodean, y también algunos que te ayudarán a entrar en las profundidades del espacio que habitas. Podrás hacer con ellos un viaje a tierras lejanas, pero también un viaje hacia tu interior, hacia tus pensamientos, tus palabras, tu forma de ver la realidad, porque cada uno de los cuentos está acompañado de una introducción que quiere invitarte a reflexionar y a hacerte preguntas importantes sobre tu lugar en el mundo, tu forma de pensar, tus sueños, tu proyecto de vida, tus facultades como ser humano.

También encontrarás en este plan lector algunas actividades que te servirán para desarrollar un poco más tu imaginación, perfeccionar tu comprensión lectora y tu capacidad para entender las intenciones y motivaciones de los personajes, y para ver más allá de lo evidente; además, te servirán para enriquecer tu vocabulario, mejorar tu escritura y tus habilidades para comunicar tu pensamiento, y que así hagas del arte una forma de expresión y, sobre todo, encuentres el placer que puede resultar del acto simple y apacible de la lectura.

¿Quién soy?



Adivina, adivinador

Al contemplar un retrato, un señor dice:

“Ese es hijo de mis padres y no es hermano mío”.

¿Quién es?

Conócete a ti mismo

¡Qué difícil puede resultar conocernos a nosotros mismos! Cuando nos embargan las emociones, a veces no sabemos cómo expresarlas, y en ocasiones ni siquiera diferenciamos si estamos felices o preocupados o tristes, o todo a la vez. Y esto sucede a pesar de que en nuestra mente pasa algo muy particular: hablamos todo el tiempo con nosotros mismos, en un diálogo que solo presencia cada uno, un diálogo privado. Pero esa conversación no parece ser suficiente para conocernos mejor, para saber cuáles son nuestras potencialidades y nuestras limitaciones, porque cuando alguien nos dice que somos buenos o malos en algo, con frecuencia le otorgamos más valor a lo que dice esa otra persona sobre nosotros que a lo que pensamos en nuestro fuero interno al respecto.

¿Cuántos genios se habrán perdido en la historia de la humanidad cuando alguien les dijo que no se desgastaran con el estudio porque no tenían la inteligencia suficiente? Tal vez muchos descubrimientos no se han hecho todavía por esta razón. ¿Cuántos grandes deportistas habremos dejado de disfrutar por unas palabras que los frustraron en vez de invitarlos a desarrollar su potencial? ¿Cuántos amores hermosos destruidos por las palabras de otros? ¿Cuántos grandes artistas no compartieron su obra con el mundo por no haber sido valorados?

Uno de los grandes retos que tenemos en la vida es aprender a conocernos a nosotros mismos. Sócrates, uno de los primeros y más grandes filósofos de la historia, lo dijo hace más de 2400 años: “Conócete a ti mismo”. Porque solo

una persona que se conoce a sí misma puede encontrar la pasión necesaria para crecer y desarrollarse, para vencer las adversidades. Solo quien se conoce a sí mismo puede saber a ciencia cierta sus limitaciones, entender sus sentimientos, descubrir sus virtudes y ser feliz.

¿Pero cómo podemos llegar a conocernos mejor? Probablemente sea una cuestión de atención, de escuchar nuestro corazón y nuestro pensamiento; esto puede ser fácil algunas veces, pero otras puede ser muy difícil. Y aunque es importante escuchar las palabras de los otros, que nos pueden aportar sabiduría y abrirnos el entendimiento, solo desde nuestro interior, desde el corazón, surgirán las respuestas a las preguntas que definen nuestra vida y trazan nuestro destino. Y tú, ¿qué sabes de ti mismo?

► **Vamos a leer**

En esta ocasión vamos a leer “El espejo del cofre”, un cuento anónimo de China. Este cuento nos habla de qué tan importante, pero a la vez difícil, puede llegar a ser el reconocernos y conocernos a nosotros mismos, y cómo cada uno ve lo que quiere o puede ver. Antes de leerlo mírate con atención en un espejo e intenta reconocer en tu rostro los rasgos de otros miembros de tu familia. ¿A quién te pareces? Si lo deseas, puedes leer el texto frente al espejo, observar tus labios al leer y los gestos que utilizas.

El espejo del cofre

Cuento tradicional chino

A la vuelta de un viaje de negocios, un hombre compró en la ciudad un espejo, objeto que hasta entonces nunca había visto, ni sabía lo que era. Precisamente esa ignorancia le hizo sentir atracción hacia ese espejo, pues creyó reconocer en él la cara de su padre. Maravillado lo compró y, sin decir nada a su mujer, lo guardó en un cofre que tenían en el desván de la casa. De tanto en tanto, cuando se sentía triste y solitario, iba a “ver a su padre”.

Pero su esposa lo encontraba muy afectado cada vez que lo veía volver del desván, así que un día lo espió y comprobó que había algo en el cofre y que se quedaba mucho tiempo mirando dentro de él.

Cuando el marido se fue a trabajar, la mujer abrió el cofre y vio en él a una mujer cuyos rasgos le resultaban familiares, pero no lograba saber de quién se trataba. De ahí surgió una gran pelea matrimonial, pues la esposa decía que dentro del cofre había una mujer y el marido aseguraba que estaba su padre.

En ese momento pasó por allá un monje muy venerado por la comunidad y al verlos discutir quiso ayudarlos a poner paz en su hogar. Los esposos le explicaron el dilema y lo invitaron a subir al desván y mirar dentro del cofre. Así lo hizo el monje y, ante la sorpresa del matrimonio, les aseguró que en el fondo del cofre quien realmente reposaba era un monje zen.

► Actividades

1. Escribe en tu cuaderno quiénes son los personajes del cuento y cómo te los imaginas. Para realizar esta descripción, recuerda escribir la mayor cantidad de detalles posible. Utiliza las siguientes preguntas como guía y añade algunos otros detalles que se te ocurran:
 - ¿Cómo imaginas su color de ojos, cabello y piel?
 - ¿De qué estatura y contextura física eran?
 - ¿Cuáles crees que eran los rasgos más marcados de su temperamento?
 - ¿Cómo imaginas que se vestían?
 - ¿Qué crees que les gustaría comer?
 - ¿En qué crees que usaban su tiempo libre?
2. Ponte en el papel del protagonista y escribe en tu cuaderno una nueva versión de “El espejo del cofre” en primera persona: es decir, esta vez tú serás el personaje central de la historia y la debes escribir como si tú la narraras. Escríbela como si sucediera en tu lugar de origen y, si es necesario, cambia los personajes para que se parezcan más a los que ves en el día a día.

Valorar lo que somos

Dicen que un sabio dijo...



"Tus creencias se convierten en tus pensamientos, tus pensamientos se convierten en tus palabras, tus palabras se convierten en tus acciones, tus acciones se convierten en tus hábitos, tus hábitos se convierten en tus valores, tus valores se convierten en tu destino".

Mahatma Gandhi

Nadie es igual a nadie

Todos somos diferentes. Eso no es ningún misterio. En nuestro propio salón de clases podemos apreciar que algunos son buenos para las matemáticas, otros para contar chistes, otros para el deporte y otros parecen especialistas en ser buenos amigos y queridos por los demás.

Los talentos humanos ocupan una lista larguísima y cada uno de nosotros es una combinación especial de ellos, porque también es cierto que no somos buenos solo para una cosa. En general, somos una suma de talentos. Podemos ser fuertes, ágiles, astutos, prácticos, reflexivos o empáticos; podemos tener una inclinación natural que nos facilita la práctica del deporte, la cocina, el dibujo, el canto, el teatro o la contemplación y comprensión de la Naturaleza. Y podríamos seguir enumerando cosas en las que tenemos talento.

A finales del siglo xx, un psicólogo llamado Howard Gardner propuso la teoría de las inteligencias múltiples. Esta teoría sostiene que no todas las inteligencias son iguales y que ninguna es más importante que la otra. Define la inteligencia como la capacidad de solucionar problemas o de producir bienes valiosos. En general, los seres humanos desarrollamos las diferentes inteligencias, pero tenemos unas que son más dominantes que las otras.

Las ocho inteligencias que propone Gardner son estas: lingüístico-verbal (comprender el orden y el significado de las palabras), lógico-matemática (identificar modelos, calcular, formular y verificar hipótesis, utilizar el método científico y los razonamientos inductivo y deductivo), naturalista (utilizada al observar y estudiar la Naturaleza), visual-espacial (hacer un modelo mental del mundo en tres dimensiones), musical (conocida como “buen oído”), corporal (utilizar el cuerpo para resolver problemas o llevar a cabo actividades), interpersonal (el relacionamiento con las demás personas) e intrapersonal (el conocimiento de uno mismo).

Si pensamos con detenimiento en nosotros mismos, descubriremos que algunas de estas inteligencias están más desarrolladas en nuestra forma de ser. Pero como ya dijimos, ninguna es más importante que la otra: todas forman parte de la genialidad humana.

A veces pensamos que otros compañeros u otras personas son más inteligentes que nosotros porque les va mejor en los exámenes de matemáticas o de lenguaje. Mejor pongamos atención a nuestro desempeño: tal vez nuestros talentos están en otra parte y es necesario que los descubramos, que aprendamos a valorar lo que somos y exploremos qué somos capaces de hacer. Quizás nos sorprendamos a nosotros y a los demás con algún raro o útil talento.

En conclusión, todos somos distintos y todos somos valiosos. Para reconocer nuestro valor solo hace falta que nos conozcamos un poco mejor.

► **Vamos a leer**

El siguiente cuento pertenece a la tradición zen, una práctica de meditación japonesa muy antigua que ha dado origen a la mística samurái, a la ceremonia del té y a otras prácticas de esta nación, que incluyen una rica literatura de relatos llenos de sabiduría. El cuento de hoy, “Cada uno con su destino”, nos dice que todos somos diferentes y nos recuerda lo importante que es el hecho de que cada uno reconozca su propio valor y sus virtudes, que conozca su carácter y su personalidad, porque solo así se puede apreciar y valorar la propia vida.

Antes de leer, siéntate en el piso con los pies cruzados, la espalda recta; pon la mano izquierda sobre la derecha juntando los pulgares sobre el estómago, mira un punto fijo e, inhalando profundamente y exhalando con fuerza, trata de no pensar en nada durante dos minutos. ¡Muy bien!: ya estás preparado para leer este hermoso cuento.

Cada uno con su destino

Cuento zen tradicional

Un samurái, conocido por todos por su nobleza y honestidad, fue a visitar a un monje zen en busca de consejos. No obstante, en cuanto entró en el templo donde el maestro rezaba, se sintió inferior y concluyó que a pesar de haber pasado toda su vida luchando por la justicia y la paz, no se había ni tan siquiera acercado al estado de gracia del hombre que tenía en frente.

—¿Por qué me estoy sintiendo tan inferior? —le preguntó, no bien el monje hubo acabado de rezar—. Ya me enfrenté muchas veces con la muerte, defendí a los más débiles; sé que no tengo nada de qué avergonzarme. Sin embargo, al verlo meditando, he sentido que mi vida no tiene la menor importancia.

—Espera. En cuanto haya atendido a todos los que me han buscado hoy, te daré la respuesta.

Durante todo el día el samurái se quedó sentado en el jardín del templo, viendo cómo las personas entraban y salían en busca de consejos. Vio cómo el monje atendía a todos con la misma paciencia y la misma sonrisa luminosa en su rostro. Su estado de ánimo iba de mal en peor, pues había nacido para actuar, no para esperar. Por la noche, cuando ya todos habían partido, insistió:

—¿Ahora podrá usted enseñarme?

El maestro lo invitó a entrar y lo llevó hasta su habitación. La luna llena brillaba en el cielo y todo el ambiente respiraba una profunda tranquilidad.



—¿Ves qué bonita es la Luna? Ella cruzará todo el firmamento y mañana el Sol volverá a brillar. Solo que la luz del Sol es mucho más fuerte y consigue mostrar los detalles del paisaje que tenemos frente a nosotros: árboles, montañas, nubes. He contemplado a los dos durante años y nunca escuché a la Luna decir “¿por qué no tengo el mismo brillo que el Sol?, ¿es que quizás soy inferior a él?”.

—Claro que no —respondió el samurái—. La Luna y el Sol son dos cosas diferentes, y cada uno tiene su propia belleza. No podemos compararlos.

—Entonces ya sabes la respuesta. Somos dos personas diferentes, cada cual luchando a su manera por aquello que cree y haciendo lo posible para tornar a este mundo mejor; el resto son solo apariencias.

► Actividades

1. Vuelve a la lectura “Valorar lo que somos”, del inicio de esta guía, y lee atentamente el párrafo que menciona los diferentes tipos de inteligencia. Escribe en tu cuaderno cuáles crees que has desarrollado más y cuáles menos. Explica tu respuesta. Puedes también conversar con alguien de tu familia o algún compañero sobre cuáles son las inteligencias que ellos han desarrollado más y cuáles menos.
2. A partir de la lectura del cuento “Cada uno con su destino”, escribe en tu cuaderno cuáles consideras que podrían ser las mayores virtudes del samurái y cuáles las mayores virtudes del monje.
3. Este cuento dice: “Durante todo el día el samurái se quedó sentado en el jardín del templo, viendo cómo las personas entraban y salían en busca de consejos”. Escribe un relato corto que hable de tres personas que vio el samurái mientras estaba sentado en el jardín y qué consejos fueron a pedirle al monje.

¿Aprovechar o aprovecharse?



Dicen que un sabio dijo...

"El oportunista siempre quiere recoger los frutos de los árboles que nunca sembró".

Proverbio popular

El oportunismo y la trampa

¿Has escuchado alguna vez que a alguien lo llamen “oportunista”? ¿Crees que eso habla bien o mal de esa persona? Cuando uno consulta un diccionario, la palabra “oportunismo” es definida como la actitud de una persona de aprovechar las oportunidades que se le presentan en la vida y sacar de ellas el mayor beneficio posible, sin tener en cuenta principios ni convicciones.

En general, el “oportunismo” se entiende como una forma de proceder en la cual solo importa uno mismo; es decir, una actitud egoísta nos lleva a pasar por encima de principios éticos fundamentales y muestra falta de integridad. Así, un oportunista, con tal de sacar provecho para sí mismo, es capaz de perjudicar a otra persona y de recurrir a la trampa para lograr sus objetivos.

Imagínate que estás haciendo una fila larga esperando a que te atiendan en un mercado o algún otro negocio. Sin saber muy bien por qué, te quedas un momento mirando para otro lado. Cuando vuelves a mirar hacia adelante, hay una persona que no estaba en la fila antes y que se aprovechó de tu descuido para colarse. ¿Te enojarías?, ¿le harías algún tipo de reclamo? Esa persona no está cometiendo un crimen, ¿pero te parece que está actuando de forma correcta? En realidad, se está aprovechando de un descuido para ahorrar tiempo y ahora eres tú quien se va a demorar más. ¿Es eso justo?

Pero hay oportunismos mucho más graves. Por ejemplo, alguien miente y dice que está capacitado para hacer un trabajo que nunca ha hecho y ni siquiera conoce. Le está quitando la oportunidad a alguien que sí sabe, que conoce las dificultades del oficio, la técnica adecuada y las posibilidades que ofrece. Muy probablemente el oportunista va a hacer mal el trabajo, y así perderán todos los involucrados.

O alguien compra algo en una tienda y, después de pagar, se da cuenta de que le devolvieron más dinero del que debía ser. Pensando que no es culpa suya, no dice nada y se va. Más tarde el que administra el comercio hará las cuentas y se percatará de que le falta dinero y seguramente no sabrá por qué. Perdió parte de su esfuerzo y de su ganancia por un descuido que otro aprovechó. Si es un empleado, quizás le tocará “cuadrar” la cuenta con su propio dinero para que no lo despidan.

La escuela no está libre del oportunismo y la trampa, y en ocasiones el perjudicado es el mismo oportunista o tramposo. Por ejemplo, cuando en un examen o una tarea un estudiante copia el trabajo de otro compañero para sacar una buena nota. El primer problema es que si alguien se da cuenta esto puede traer graves consecuencias; pero el problema más grande es que ese estudiante no aprendió lo que debía aprender y en otro momento de la vida, cuando necesite ese saber que debió adquirir en la escuela, no podrá usarlo para su beneficio. Con esa trampa gana el examen o presenta el trabajo, pero se priva del verdadero aprendizaje, de adquirir la habilidad que le será útil para el resto de su vida. En resumen, se engañó a sí mismo.

Todos alguna vez hemos sufrido por el oportunismo de otros y sentido que nos han perjudicado. Posiblemente también hemos sido oportunistas y nos hemos “avisado”, sin importar si afectamos o no a los demás. Hoy te invitamos a reflexionar, a pensar en tus actos, a considerar que nuestras acciones nos definen, a ser consciente de que ese dicho que reza “el vivo vive del bobo” es una forma de permitir que la injusticia siga formando parte de nuestras vidas.

► **Vamos a leer**

Hoy traemos un cuento muy especial: “Que pase el aserrador”, de Jesús del Corral. Este cuento es uno de los pioneros de la literatura antioqueña

y está dentro de lo que podríamos llamar la “picaresca” paisa. Su autor fue un escritor, periodista y político nacido en Santa Fe de Antioquia en 1871. Murió en Bogotá a los 60 años, en 1931, después de trabajar en numerosos periódicos del país y de desempeñar altos cargos públicos.

El relato nos muestra cómo eran algunas cosas antes en las tierras antioqueñas: habla sobre nuestras raíces culturales, sobre nuestra historia y geografía y sobre nuestras costumbres. Se convierte, entonces, en una oportunidad para preguntarnos sobre algunas prácticas muy comunes dentro de nuestra cultura, donde se mezclan la capacidad de aprovechar las oportunidades y ser recursivo con la costumbre de mentir y hacer triquiñuelas.

Antes de leer este cuento te invitamos a buscar algún lugar desde el cual puedas ver algún bosque para imaginar cómo era tu territorio hace cien años, cuando no había tantas personas, ni tanto ganado ni tanta agricultura. Luego piensa cómo puede un ser humano sobrevivir entre las selvas durante días, semanas y meses, y ahora sí lee “Que pase el aserrador”.

Que pase el aserrador

Jesús del Corral

Entre Antioquia y Sopetrán, en las orillas del río Cauca, estaba yo fundando una hacienda. Me acompañaba, en calidad de mayordomo, Simón Pérez, que era todo un hombre, pues ya tenía treinta años, y veinte de ellos los había pasado en lucha tenaz y bravía con la naturaleza, sin sufrir jamás grave derrota. Ni siquiera el paludismo había logrado hincarle el diente, a pesar de que Simón siempre anduvo entre zancudos y demás bichos agresivos.

Para él no había dificultades, y cuando se le proponía que hiciera algo difícil que él no había hecho nunca, siempre contestaba con esta frase alegre y alentadora: “Vamos a ver; más arriesga la pava que el que le tira, y el mico come chumbimba en tiempo de necesidad”.

Un sábado en la noche, después del pago de peones, nos quedamos, Simón y yo, conversando en el corredor de la casa y haciendo planes

para las faenas de la semana entrante, y como yo le manifestara que necesitábamos veinte tablas para construir unas canales en la acequia y que no había aserradores en el contorno, me dijo:

—Esas se las asierro ya en estos días.

—¿Cómo? —le pregunté—, ¿sabe usted aserrar?

—Divinamente; soy aserrador graduado, y tal vez el que ha ganado más alto jornal en ese oficio. ¿Que dónde aprendí? Voy a contarle esa historia, que es divertida.

Y me refirió esto, que es verdaderamente original:

En la guerra del 85 me reclutaron y me llevaban para la Costa, por los llanos de Ayapel, cuando resolví desertar, en compañía de un indio boyacense. Una noche en que estábamos ambos de centinelas las emplumamos por una cañada, sin dejarle saludes al general Mateus.



Al día siguiente ya estábamos a diez leguas de nuestro ilustre jefe, en medio de una montaña donde cantaban los gurríes y maromeaban los micos. Cuatro días anduvimos por entre bosques, sin comer y con los pies heridos por las espinas de las chontas, pues íbamos rompiendo rastrojo con el cuerpo, como vacas ladronas. ¡Lo que es el miedo al cepo de campaña con que acarician a los desertores, y a los quinientos palos con que los maduran antes de tiempo!...

Yo había oído hablar de una empresa minera que estaba fundando el conde de Nadal en el río Nus, y resolví orientarme hacia allá, así al tanteo, y siguiendo por la orilla de una quebrada que, según me habían dicho, desembocaba en aquel río. Efectivamente, al séptimo día, por la mañana, salimos el indio y yo a la desembocadura, y no lejos de allí vimos, entre unas peñas, un hombre que estaba sentado en la orilla opuesta a la que llevábamos nosotros. Fue grande nuestra alegría al verlo, pues íbamos casi muertos de hambre y era seguro que él nos daría de comer.

—Compadre —le grité—, ¿cómo se llama esto aquí? ¿La mina de Nus está muy lejos?

—Aquí es; yo soy el encargado de la tarabita para el paso, pero tengo orden de no dejar pasar a nadie, porque no se necesitan peones. Lo único que hace falta son aserradores.

No vacilé un momento en replicar:

—Ya lo sabía, y por eso he venido: yo soy aserrador; eche la oroya para este lado.

—¿Y el otro? —preguntó, señalando a mi compañero. El grandísimo majadero tampoco vaciló en contestar rápidamente:

—Yo no sé de eso; apenas soy peón.

No me dio tiempo de aleccionarlo; de decirle que nos importaba comer a todo trance, aunque al día siguiente nos despacharan como perros vagos; de mostrarle los peligros de muerte si continuaba vagando a la aventura, porque estaban lejos los caseríos, o el peligro de la “diana de

palos” si lograba salir a algún pueblo antes de un mes. Nada; no me dio tiempo ni para guiñarle el ojo, pues repitió su afirmación sin que le volvieran a hacer la pregunta.

No hubo remedio, y el encargado de manejar la tarabita echó el cajón para este lado del río, después de gritar:

—¡Que pase el aserrador!

Me despedí del pobre indio y pasé.

Diez minutos después estaba yo en presencia del conde, con el cual tuve este diálogo:

—¿Cuánto gana usted?

—¿A cómo pagan aquí?

— Yo tenía dos magníficos aserradores, pero hace quince días murió uno de ellos; les pagaba a ocho reales.

—Pues, señor conde, yo no trabajo a menos de doce reales; a eso me han pagado en todas las empresas en donde he estado y, además, este clima es muy malo; aquí le da fiebre hasta a la quinina y a la zarpoleta.

—Bueno, maestro; “el mono come chumbimba en tiempo de necesidad”; quédese y le pagaremos los doce reales. Váyase a los cuarteles de peones a que le den de comer y el lunes empieza trabajos.

¡Bendito sea Dios! Me iban a dar de comer; era sábado, al día siguiente también comería de balde. ¡Y yo, que para poder hablar tenía que recostarme a la pared, pues me iba de espaldas por la debilidad en que estaba!

Entré a la cocina y me comí hasta las cáscaras de plátano. Me tragaba las yucas con pabilo y todo. ¡Se me escaparon las ollas untadas de manteca, porque eran de fierro! El perro de la cocina me veía con extrañeza, como pensando: “¡Caramba con el maestro! ¡Si se queda ocho días aquí, nos vamos a morir de hambre el gato y yo!”

A las siete de la noche me fui para la casa del conde, el cual vivía con su mujer y dos hijos pequeños. ¡Líos que tenía!

Un peón me dio tabaco y me prestó un tiple. Llegué echando humo y cantando la guabina. La pobre señora, que vivía más aburrída que un mico recién cogido, se alegró con mi canto y me suplicó que me sentara en el corredor para que la entretuviera a ella y a sus niños esa noche.

“Aquí es el tiro, Simón”, dije para mis adentros; “vamos a ganarnos esta gente por si no resulta el aserrío”. Y les canté todas las trovas que sabía. Porque, eso sí: yo no conocía serruchos, tableros y troceros, pero en cantos bravos sí era veterano.

Total, que la señora quedó encantada y me dijo que fuera al día siguiente, por la mañana, para que le divirtiera los muchachos, pues no sabía qué hacer con ellos los domingos. ¡Y me dio jamón y galletas y jalea de guayaba!

Al otro día estaba este ilustre aserrador con los muchachos del señor conde, bañándose en el río, comiendo ciruelas pasas y, ¡bendito sea Dios y el que exprimió las uvas, bebiendo vino tinto de las mejores marcas europeas!



Llegó el lunes, y los muchachos no quisieron que el “aserrador” fuera a trabajar, porque les había prometido llevarlos a un guayabal a coger toches, en trampa. Y el conde, riéndose, convino en que el maestro se ganara sus doce reales de manera tan divertida.

Por fin, el martes, di principio a mis labores. Me presentaron al otro aserrador para que me pusiera de acuerdo con él, y resolví pisarlo desde la entrada.

—Maestro —le dije, de modo que me oyera el conde, que estaba por ahí cerca—, a mí me gustan las cosas en orden. Primeramente sepamos qué es lo que se necesita con más urgencia; ¿tablas, tablones o cercos?

—Pues necesitamos cinco mil tablas de comino, para las canales de la acequia, tres mil tablones para los edificios y unos diez mil cercos. Todo de comino; pero debemos comenzar por las tablas.

Por poco me desmayo: vi trabajo para dos años y... a doce reales el día, bien cuidado y sin riesgo de que castigaran al desertor, porque estaba “en propiedad extranjera”.

—Entonces, vamos con método. Lo primero que debemos hacer es dedicarnos a señalar árboles de comino, en el monte, que estén bien rectos y bien gruesos para que den bastantes tablas y no perdamos el tiempo. Después los tumbamos y, por último, montamos el aserrío. Todo con orden, sí, señor, porque si no, no resulta la cosa.

—Así me gusta, maestro —dijo el conde—; se ve que usted es hombre práctico. Disponga los trabajos como lo crea conveniente.

Quedé, pues, dueño del campo. El otro maestro, un pobre majadero, comprendió que tenía que agachar la cabeza ante este famoso “aserrador” improvisado. Y a poco, salimos a la montaña a señalar árboles de comino.

Cuando nos íbamos a internar, le dije a mi compañero:

—No perdamos el tiempo andando juntos. Váyase usted por el alto, que yo me voy por la cañada. Esta tarde nos encontramos aquí; pero fíjese bien para que no señale árboles torcidos.

Y salí cañada abajo, buscando el río. Y en la orilla de este me pasé el día, fumando tabaco y lavando la ropita que me traje del cuartel del general Mateus.

Por la tarde, en el punto citado, encontré al maestro y le pregunté: “Vamos a ver, ¿cuántos árboles señaló?”.

—Doscientos veinte no más, pero muy buenos.

—Pues perdió el día; yo señalé trescientos cincuenta, de primera clase.

Había que pisarlo en firme; y yo he sido gallo para eso.

Por la noche me hizo llamar la señora del conde, y que llevara el tiple, porque me tenía cena preparada; que los muchachos estaban deseosísimos de oírme el cuento de Sebastián de las Gracias, que les había yo prometido. Ah, y el del Tío Conejo y el Compadre Armadillo, y ese otro de Juan sin Miedo, tan emocionante. Se cumplió el programa al pie de la letra. Cuentos y cantos divertidísimos; chistes de ocasión; cena con salmón, porque estábamos en vigilia; cigarros de anillo dorado; traguito de brandy para el aserrador, pues como había trabajado tanto ese día, necesitaba el pobre que le sostuvieran las fuerzas. Ah, y guiñadas de ojo a una sirvienta buena moza que le trajo el chocolate al “maestro” y que al fin quedó de las cuatro paticas cuando oyó la canción aquella de:

*Como amante torcaza quejumbrosa,
que en el monte se escucha gemir...*

Qué aserrío monté esa noche. ¡Le saqué tablas del espinazo al mismísimo señor conde! Y todo iba mezclado por si se dañaba lo del aserrío. Le conté al patrón que había notado yo ciertos despilfarros en la cocina de peones y no pocas irregularidades en el servicio de la despensa; le hablé de un remedio famoso para curar la renguera (inventado por mí, por supuesto) y le prometí conseguirle un bejuco en la montaña, admirable para todas las enfermedades de la digestión. (Todavía me acuerdo del nombrecito con que lo bauticé: ¡Levantamuertos!)

Encantados el hombre y su familia con el “maestro” Simón. Ocho días pasé en la montaña, señalando árboles con mi compañero, o mejor dicho, separados, porque yo siempre lo echaba por otro lado al que yo escogía. Pero sabrá usted que como yo no conocía el camino, tuve que ir primero a ver los árboles que había señalado el verdadero aserrador.

Cuando ya teníamos marcados unos mil, empezamos a echarlos al suelo, ayudados por cinco peones. En esa tarea, en la cual desempeñaba yo el oficio de director, empleamos más de quince días.

Y todas las noches iba yo a la casa del conde y cenaba divinamente. Y los domingos almorzaba y comía allá, porque era preciso distraer a los muchachos... y a la sirvienta también.

Yo era el sanalotodo en la mina. Mi consejo era decisivo y no se hacía nada sin mi opinión. ¡Tal vez la célebre cortada del río Nus fracasó más tarde por alguna bestialidad que yo indiqué!

Todo iba a pedir de boca, cuando un día llegó la hora terrible de montar el aserrío de madera. Ya estaba hecho, el andamio, y por cierto que cuando lo fabricamos hubo algunas complicaciones, porque el maestro me preguntó:

—¿Qué alto le ponemos?

—¿Cuál acostumbran ustedes por aquí?

—Tres metros.

—Póngale tres con veinte, que es lo mandado entre buenos aserradores. (Si sirve con tres, ¿por qué no ha de servir con veinte centímetros más?).

Ya estaba todo listo: la troza sobre el andamio, y los trazos hechos en ella (por mi compañero, porque yo me limitaba a dar órdenes).

“La lámpara encendida y el velo en el altar”, como dice la canción.

Llegó el momento solemne, y una mañana salimos camino del aserradero, con los grandes serruchos al hombro. ¡Primera vez que yo veía un come-maderas de esos!

Ya al pie del andamio, me preguntó el maestro:

—¿Es usted de abajo o de arriba?

Para resolver tan grave asunto fingí que me rascaba una pierna, y rápidamente pensé: “si me hago arriba, tal vez me tumba éste con el serrucho”. De manera que al enderezarme contesté:

—Yo me quedo abajo; encarátese usted.

Trepó por los andamios, colocó el serrucho en la línea y... empezamos a aserrar madera.

¡Pero, señor, cómo fue aquello! El chorro de aserrín se vino sobre mí y yo corcoveaba a lado y lado, sin saber cómo defenderme. Se me entraba por las narices, por las orejas, por los ojos, por el cuello de la camisa... ¡Virgen Santa! Y yo que creía que eso de tirar de un serrucho era cosa fácil...

—¡Maestro —me gritó mi compañero—, se está torciendo el corte!...

—¡Pero, hombre, con todos los diablos! Para eso está usted arriba; fíjese y aplome como Dios manda...

El pobre hombre no podía remediar la torcedura. ¡Qué la iba a remediar, si yo chapaleaba como pescado colgado del anzuelo!

Viendo que me ahogaba entre las nubes de aserrín, le grité a mi compañero:

—Bájese, que yo subiré a dirigir el corte.

Cambiamos de puesto: yo me coloqué en el borde del andamio, cogí el serrucho y exclamé:

—Arriba pues: una... dos...

Tiró el hombre, y cuando yo iba a decir tres, me fui de cabeza y caí sobre mi compañero. Patas arriba quedamos ambos; él con las narices reventadas y yo con dos dientes menos y un ojo que parecía una berenjena.

La sorpresa del aserrador fue mayor que el golpe que le di. No parecía sino que le hubiera caído al pie un aerolito.

—¡Pero, maestro! —exclamó—; ¡pero, maestro!

—¡Qué maestro, ni qué demonios! ¿Sabe lo que hay? Que es la primera vez que yo le cojo los cachos a un serrucho de estos. ¡Y usted que tiró con tanta fuerza! Vea cómo me puso. —Y le mostré el ojo dañado.

—Y vea cómo me dejó usted. —Y me enseñó las narices.

Vinieron las explicaciones indispensables, para las cuales resulté un Víctor Hugo. Le conté mi historia y casi que lo hago llorar cuando le pinté los trabajos que pasé en la montaña, en calidad de desertor. Luego rematé con este discurso más bien atornillado que un trapiche inglés:

—No diga usted una palabra de lo que ha pasado, porque lo hago sacar de la mina. Yo les corté el ombligo al conde y a la señora, y a los muchachos los tengo de barba y cacho. Conque, tráguese la lengua y enséñeme a aserrar. En pago de eso, le prometo darle todos los días, durante tres meses, dos reales, de los doce que yo gano. Fúmesese, pues, este tabaquito —y le ofrecí uno—, y explíqueme cómo se maneja este mastodonte de serrucho.

Como le hablé en plata y él ya conocía mis influencias en la casa de los patrones, aceptó mi propuesta y empezó la clase de aserrío. Que el cuerpo se ponía así, cuando uno estaba arriba; y de esta manera cuando estaba abajo; que para evitar las molestias del aserrín se tapaban las narices con un pañuelo... cuatro pamplinadas que yo aprendí en media hora.

Y duré un año trabajando en la mina como aserrador principal, con doce reales diarios, cuando los peones apenas ganaban cuatro. Y la

casa que tengo en Sopetrán la compré con plata que traje de allá. Y los quince bueyes que tengo aquí, marcados con un serrucho, del aserrío salieron... Y el hijo mío, que ya me ayuda mucho en la arriería, es también hijo de la sirvienta del conde y ahijado de la condesa...

Cuando terminó Simón su relato, soltó una bocanada de humo, clavó en el techo la mirada y añadió después:

—¡Y aquel pobre indio de Boyacá se murió de hambre... sin llegar a ser aserrador!...

► Actividades

1. En el cuento “Que pase el aserrador” aparecen los nombres de varios lugares de la geografía antioqueña y colombiana. Búscalos y ubícalos en un mapa de Antioquia. ¿Puedes encontrar el río Nus y los pueblos cercanos a su cauce? ¿Y los llanos de Ayapel, aunque no estén dentro de nuestro departamento? ¿Puedes imaginar en el mapa la ruta que recorrió el protagonista? Ahora dibuja un mapa de Antioquia en tu cuaderno y traza en él los lugares que aparecen en el cuento y que lograste ubicar, y el recorrido que crees que realizó Simón Pérez.
2. Haz una lista de las acciones que ejecutó Simón Pérez durante la aventura que lo llevó a convertirse en aserrador. Reflexiona sobre cada una de ellas, cómo se relacionó con los otros y escribe cómo te parece su actuar. ¿Harías tú lo mismo? ¿Por qué sí o por qué no?
3. Dentro del cuento “Que pase el aserrador” hay muchas palabras que pueden parecernos raras o desconocidas. Encuentra algunas y consulta en el diccionario su significado. En caso de que no aparezcan, pregúntales a los mayores (preferiblemente abuelos) si conocen qué significan, pues algunas de ellas eran usadas con frecuencia en el pasado y ahora han caído en desuso. Escríbelas en tu cuaderno.
4. Escribe un cuento donde narres la historia de lo que le sucedió al indio de Boyacá que no pudo pasar al otro lado con Simón Pérez y que se quedó vagando por los montes.

¿En qué me quiero convertir?



Dicen que un sabio dijo...

“Es en nosotros mismos que somos de una forma u otra. Nuestros cuerpos son nuestros jardines y nuestras voluntades son sus jardineros”.

William Shakespeare

Buscar nuestro destino

Todos los días nos levantamos con una idea en mente, y en mayor o menor medida ella traza una ruta de lo que hay que hacer. Cada pequeña tarea va sumando al propósito del día. Hoy hay que ir a la escuela: lo primero es levantarse temprano, luego vestirse, desayunar y emprender el camino.

Cada día con su afán va sumando a ese propósito de terminar la primaria, y entre terminar la primaria e ir a la universidad está graduarse de bachillerato. Los pensamientos, palabras, hábitos, acciones y valores trazan ese destino, que es la suma de todos esos días en que elegimos un camino, tomamos decisiones, asumimos ser lo que somos.

No obstante, de nuestras elecciones, de los pasos que decidimos dar para ser lo que elegimos o de lo que las circunstancias nos imponen, surge la pregunta: “¿Será que sí soy lo que debería ser?”. Pensamos que tal vez deberíamos ser esto o aquello, de acuerdo con lo que vemos en los demás, y por un momento podemos tener la impresión de que estamos perdidos y no sabemos qué hacer.

Ante esta situación es importante hacer un balance personal, en el cual valoremos lo que somos, miremos qué hemos elegido en la vida y analicemos el camino recorrido, las decisiones tomadas. El destino no está escrito y a veces quisiéramos que la vida fuera un camino sin dificultades, un viaje tranquilo

y sin retos. Sin embargo, nosotros mismos vamos definiendo nuestro destino y somos los actores principales de la vida que vivimos.

Eduardo Galeano, un escritor uruguayo, decía: “Somos lo que hacemos, pero principalmente lo que hacemos para cambiar lo que somos”. En este sentido, queda claro que lo que somos es el resultado de nuestras acciones, de lo que vivimos día a día, que también tenemos la opción del cambio, de elegir el destino que nos queremos forjar, de transformarnos y perseguir lo que queremos ser. En fin, cada uno tiene la opción de elegir entre ser un humano común o uno prodigioso.

► Vamos a leer

A continuación, te proponemos leer “Sennin”, un cuento de Ryūnosuke Akutagawa (1892-1927), un escritor japonés de relatos cortos. Considerado como el “padre de los cuentos japoneses”, el Premio Akutagawa, uno de los más prestigiosos de Japón, fue nombrado en su honor.

En este cuento vamos a ver un ejemplo de cómo la determinación y la voluntad pueden ser determinantes para conseguir un objetivo que podríamos considerar imposible.

Un árbol es importante en esta historia. Para que te sientas parte del relato, busca un árbol, el más grande y cómodo para sentarse a su sombra. Una vez instalado ahí, disfruta de esta historia.

Sennin

Ryūnosuke Akutagawa

Un hombre que quería emplearse como sirviente llegó una vez a la ciudad de Osaka. No sé su verdadero nombre, lo conocían por el nombre de sirviente, Gonsuké, pues él era, después de todo, un sirviente para cualquier trabajo.

Este hombre (que nosotros llamaremos Gonsuké) fue a una agencia de colocaciones para cualquier trabajo y dijo al empleado que estaba fumando su larga pipa de bambú:

—Por favor, señor empleado, yo desearía ser un sennin¹. ¿Tendría usted la gentileza de buscar una familia que me enseñara el secreto de serlo, mientras trabajo como sirviente?

El empleado, atónito, quedó sin habla durante un rato, por el ambicioso pedido de su cliente.

—¿No me oyó usted, señor empleado? —dijo Gonsuké—. Yo deseo ser un sennin. ¿Quisiera usted buscar una familia que me tome de sirviente y me revele el secreto?

—Lamentamos desilusionarlo —musitó el empleado, volviendo a fumar su olvidada pipa—, pero ni una sola vez en nuestra larga carrera comercial hemos tenido que buscar un empleo para aspirantes al grado de sennin. Si usted fuera a otra agencia, quizá...

Gonsuké se le acercó más, rozándolo con sus presuntuosas rodillas, de pantalón azul, y empezó a argüir de esta manera:

—Ya, ya, señor, eso no es muy correcto. ¿Acaso no dice el cartel colocaciones para cualquier trabajo? Puesto que promete cualquier trabajo, usted debe conseguir cualquier trabajo que le pidamos. Usted está mintiendo intencionalmente si no lo cumple.

Frente a un argumento tan razonable, el empleado no censuró el explosivo enojo:

—Puedo asegurarle, señor forastero, que no hay ningún engaño. Todo es correcto —se apresuró a alegar el empleado—, pero si usted insiste en su extraño pedido, le rogaré que se dé otra vuelta por aquí mañana. Trataremos de conseguir lo que nos pide.

Para desentenderse, el empleado hizo esa promesa y logró, momentáneamente por lo menos, que Gonsuké se fuera. No es necesario decir, sin embargo, que no tenía la posibilidad de conseguir una casa donde pudieran enseñar a un sirviente los secretos para ser un sennin. De

¹ Según la tradición japonesa, el sennin es un ermitaño sagrado que vive en el corazón de una montaña y que tiene poderes mágicos, como el de volar cuando quiere y disfrutar de una extrema longevidad.

modo que, al deshacerse del visitante, el empleado acudió a la casa de un médico vecino.

Le contó la historia del extraño cliente y le preguntó ansiosamente:

—Doctor, ¿qué familia cree usted que podría hacer de este muchacho un sennin con rapidez?

Aparentemente, la pregunta desconcertó al doctor. Quedó pensando un rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando vagamente un gran pino del jardín. Fue la mujer del doctor, una mujer muy astuta, conocida como la Vieja Zorra, quien contestó por él al oír la historia del empleado.

—Nada más simple. Envíelo aquí. En un par de años lo haremos sennin.

—¿Lo hará usted realmente, señora? ¡Sería maravilloso! No sé cómo agradecerle su amable oferta. Pero le confieso que me di cuenta desde el comienzo de que algo relaciona a un doctor con un sennin.

El empleado, que felizmente ignoraba los designios de la mujer, agradeció una y otra vez, y se alejó con gran júbilo.

Nuestro doctor lo siguió con la vista; parecía muy contrariado; luego, volviéndose hacia la mujer, la regañó malhumorado:

—Tonta, ¿te has dado cuenta de la tontería que has hecho y dicho? ¿Qué harías si el tipo empezara a quejarse algún día de que no le hemos enseñado ni una pizca de tu bendita promesa después de tantos años?

La mujer, lejos de pedirle perdón, se volvió hacia él y graznó:

—Estúpido. Mejor no te metas. Un atolondrado tan estúpidamente tonto como tú apenas podría arañar lo suficiente en este mundo de “te comeré o me comerás” para mantener alma y cuerpo unidos.

Esta frase hizo callar a su marido.

A la mañana siguiente, como había sido acordado, el empleado llevó a su rústico cliente a la casa del doctor. Como había sido criado en el campo, Gonsuké se presentó aquel día ceremoniosamente vestido con haori² y hakama³, quizá en honor de tan importante ocasión. Gonsuké aparentemente no se diferenciaba en manera alguna del campesino corriente: fue una pequeña sorpresa para el doctor, que esperaba ver algo inusitado en la apariencia del aspirante a sennin. El doctor lo miró con curiosidad, como a un animal exótico traído de la lejana India, y luego dijo:

—Me dijeron que usted desea ser un sennin, y yo tengo mucha curiosidad por saber quién le ha metido esa idea en la cabeza.

—Bien, señor, no es mucho lo que puedo decirle —replicó Gonsuké—. Realmente fue muy simple; cuando vine por primera vez a esta ciudad y observé el gran castillo, pensé de esta manera: que hasta nuestro gran gobernante Taiko, que vive allá, debe morir algún día; que usted puede vivir lujosamente, pero aun así volverá al polvo como el resto de nosotros. En resumidas cuentas, que toda nuestra vida es un sueño pasajero... Justamente lo que sentía en ese instante.

—Entonces —prontamente la Vieja Zorra se introdujo en la conversación—, ¿haría usted cualquier cosa con tal de ser un sennin?

—Sí, señora, con tal de serlo.

—Muy bien. Entonces usted vivirá aquí y trabajará para nosotros durante veinte años a partir de hoy y, al término del plazo, será el feliz poseedor del secreto.

—¿Es verdad, señora? Le quedaré muy agradecido.

—Pero —añadió ella— de aquí a veinte años usted no recibirá de nosotros ni un centavo de sueldo. ¿De acuerdo?

—Sí, señora. Gracias, señora. Estoy de acuerdo en todo.

² El haori es una chaqueta tradicional japonesa que cae a la altura de la cadera o los muslos.

³ La hakama es un pantalón largo y ancho de tela gruesa cuya función principal es proteger las piernas. Se usaba para ocasiones especiales.

Así empezaron a transcurrir los veinte años que pasó Gonsuké al servicio del doctor. Gonsuké acarreaba agua del pozo, cortaba la leña, preparaba las comidas y hacía todo el fregado y el barrido. Pero esto no era todo, tenía que seguir al doctor en sus visitas, cargando en sus espaldas el gran botiquín. Ni siquiera por todo este trabajo Gonsuké pidió un solo centavo. En verdad, en todo el Japón no se hubiera encontrado mejor sirviente por menos sueldo.

Pasaron por fin los veinte años y Gonsuké, vestido otra vez ceremoniosamente con su almidonado haori, como la primera vez que lo vieron, se presentó ante los dueños de casa.

Les expresó su agradecimiento por todas las bondades recibidas durante los pasados veinte años.

—Y ahora, señor —prosiguió Gonsuké—, ¿quisieran ustedes enseñarme hoy, como lo prometieron hace veinte años, cómo se llega a ser sennin y alcanzar la juventud eterna y la inmortalidad?

—Y ahora, ¿qué hacemos? —suspiró el doctor al oír el pedido. Después de haberlo hecho trabajar durante veinte largos años por nada, ¿cómo podría en nombre de la humanidad decirle a su sirviente que nada sabía respecto al secreto de los sennin? El doctor se desentendió diciendo que no era él, sino su mujer, quien sabía los secretos.

—Usted tiene que pedirle a ella que se lo diga —concluyó el doctor y se alejó torpemente.

La mujer, sin embargo, suave e imperturbable dijo:

—Muy bien, entonces se lo enseñaré yo, pero tenga en cuenta que usted debe hacer lo que yo le diga, por difícil que le parezca. De otra manera, nunca podría ser un sennin; y además tendría que trabajar para nosotros otros veinte años, sin paga, de lo contrario, créame, el Dios Todopoderoso lo destruirá en el acto.

—Muy bien, señora, haré cualquier cosa por difícil que sea —contestó Gonsuké. Estaba muy contento y esperaba que ella hablara.

—Bueno —dijo ella—, entonces trepe a ese pino del jardín.

Desconociendo por completo los secretos, sus intenciones habían sido simplemente imponerle cualquier tarea imposible de cumplir para asegurarse sus servicios gratis por otros veinte años. Sin embargo, al oír la orden, Gonsuké empezó a trepar al árbol, sin vacilación.

—Más alto —le gritaba ella—, más alto, hasta la cima.

De pie en el borde de la baranda, ella erguía el cuello para ver mejor a su sirviente sobre el árbol; vio su haori flotando en lo alto, entre las ramas más altas de ese pino tan alto.

—Ahora suelte la mano derecha.



Gonsuké se aferró al pino lo más que pudo con la mano izquierda y cautelosamente dejó libre la derecha.

—Suelte también la mano izquierda.

—Ven, ven, mi buena mujer —dijo al fin su marido atisbando las alturas—. Tú sabes que si el campesino suelta la rama, caerá al suelo. Allá abajo hay una gran piedra y, tan seguro como yo soy doctor, será hombre muerto.

—En este momento no quiero ninguno de tus preciosos consejos. Déjame tranquila. ¡Eh! ¡Hombre! Suelte la mano izquierda. ¿Me oye?



En cuanto ella habló, Gonsuké levantó la vacilante mano izquierda. Con las dos manos fuera de la rama, ¿cómo podría mantenerse sobre el árbol? Después, cuando el doctor y su mujer retomaron aliento, Gonsuké y su haori se divisaron desprendidos de la rama, y luego... y luego... ¿Pero qué es eso? ¡Gonsuké se detuvo!, ¡se detuvo!, en medio del aire, en vez de caer como un ladrillo, y allá arriba quedó, en plena luz del mediodía, suspendido como una marioneta.

—Les estoy agradecido a los dos, desde lo más profundo de mi corazón. Ustedes me han hecho un sennin —dijo Gonsuké desde lo alto.

Se le vio hacerles una respetuosa reverencia y luego comenzó a subir cada vez más alto, dando suaves pasos en el cielo azul, hasta transformarse en un puntito y desaparecer entre las nubes.

► Actividades

1. Como pudiste observar, Gonsuké tenía un propósito y para lograr su objetivo tuvo varias dificultades durante la historia. Escribe en tu cuaderno cuál era el propósito de Gonsuké, cuáles fueron las dificultades que encontró y cómo hizo para superarlas. Luego, describe cómo habrías actuado tú ante cada una de esas dificultades.
2. Imagina que puedes convertirte en cualquier cosa que quieras. Escribe en tu cuaderno en qué quisieras convertirte. Escribe también qué crees que sería necesario que hicieras para convertirte en eso que sueñas y cuánto tiempo tardarías.
3. Realiza un dibujo de ti mismo haciendo lo que más te gustaría hacer en la vida.

Los que dejan huella



Dicen que un sabio dijo...

“Nadie puede silbar una sinfonía. Se necesita una orquesta completa para tocarla”.

Halford Edward Luccock

Somos el resultado de lo que otros han hecho

Algunas películas de Hollywood muestran a su protagonista como aquel héroe que es capaz de salvar al mundo él solito. Estos personajes autosuficientes se las ven con toda clase de dificultades y al final son glorificados, recompensados, felicitados, aplaudidos de tal modo que la película termina siendo una alabanza al individuo; es más, con frecuencia la película lleva el nombre del protagonista.

La historia habla de grandes reyes, conquistadores, emperadores y faraones cuyas obras permanecen hasta nuestros días. Imponentes castillos, deslumbrantes y gigantescas estatuas, ciudades enteras que hablan de la importancia de estos seres que parecieran superiores a los humanos de su tiempo.

Keops fue un faraón egipcio que mandó a construir una de las famosas pirámides de Egipto, precisamente la que lleva su nombre. La construcción de la pirámide de Keops, de 137 metros de altura, culminó cerca del año 2570 a. C. y algunos dicen que se hizo bajo la supervisión de Hemiunu, el arquitecto del faraón. El historiador romano Heródoto estimó en sus escritos que 100.000 hombres habían sido necesarios para levantar la pirámide y que el proceso había demorado 27 años en completarse.

¿Cuántos arquitectos, cuántos cargueros, albañiles, supervisores, cocineros se necesitaron para semejante propósito? Dicen los expertos que debido a la gran cantidad de trabajadores que necesitaron para la construcción de las

pirámides de Egipto, tuvieron que diseñar un sistema eficiente para albergar y alimentar a estas personas y a sus familias.

Tantas personas enfocadas en un solo propósito, pero el nombre de la pirámide solo hace honor a Keops, el faraón. ¿Cómo crees que se llamaba alguno de los tantos cocineros?, ¿quién sería el señor que cargaba el agua en medio del calor del desierto de lo que hoy en día es El Cairo?, ¿crees que el faraón Keops dio gracias a su pueblo por tan grandísima obra de ingeniería?

Hay un libro llamado *A hombros de gigantes*, donde el gran físico teórico y divulgador científico Stephen Hawking explica cómo grandes físicos de la talla de Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Einstein construyeron las teorías que cambiarían la forma de ver el mundo a partir de las ideas de sus antecesores. Este título retoma la frase de Newton: “Si he visto más, es poniéndome sobre los hombros de gigantes”. El gran físico inglés la escribió en una carta donde reconoció que solo había llegado a sus conclusiones sobre las propiedades de la luz gracias al trabajo hecho por Descartes y Hooke, dos grandes científicos que lo precedieron. Con ello proporcionó una de las metáforas favoritas referidas al avance científico.

Ya se trate de una tarea escolar que hicieron entre varios compañeros, de una gran pirámide o de una brillante teoría científica, reconocer el trabajo de los otros es un acto de humanidad que nos recuerda que somos el resultado de lo que los demás han hecho, y que los únicos que supuestamente se salvan solos son esos héroes de películas de acción que, de todos modos, debieron contar con todo un equipo para que la película fuera filmada.

► **Vamos a leer**

Yibrán Jalil Yibrán fue un poeta, pintor, novelista y ensayista libanés que nació en 1883 y vivió hasta 1931. Su obra fue muy valorada en los años 60 en Estados Unidos y sirvió de inspiración a músicos muy importantes de la época (Elvis Presley, The Beatles y David Bowie).

“Los constructores” es un texto que nos ayuda a recordar que cada gran obra solo ha sido posible gracias al trabajo de muchos, y aunque invisibles para la historia, su trabajo queda allí para quien esté lo suficientemente atento.

Antes de leer este texto, escribe un mensaje corto en el que agradezcas el trabajo de alguien de tu familia (ya sea tu papá, tu mamá u otro familiar): recuérdale la importancia que tiene lo que hace para tu vida; luego pégalo en la nevera y disponte para leer.

Los constructores

Yibrán Jalil Yibrán

En Antioquía¹, donde el río Assi corre a encontrarse con el mar, se construyó un puente para acercar una mitad de la ciudad a la otra mitad. Fue construido con enormes piedras traídas desde lo alto de las colinas sobre el lomo de las mulas de Antioquía.

Cuando el puente fue terminado se grabó sobre el pilar en griego y en arameo: “Este puente fue construido por el rey Antíoco II”.

Y toda la gente cruzó el buen puente sobre el manso río Assi.

Una tarde, un joven, tenido por algunos como un loco, descendió hasta el pilar donde se habían grabado las palabras, y las cubrió con carbón y escribió por encima: “Las piedras del puente fueron traídas desde las montañas por las mulas. Al pasar de ida o de vuelta sobre el puente están cabalgando sobre los lomos de las mulas de Antioquía, constructoras de este puente”.

Y cuando la gente leyó lo que el joven había escrito, algunos se rieron y otros se maravillaron.

—Ah, sí —dijo uno—, sabemos quién hizo esto. ¿No es acaso un poco loco?

Pero una mula dijo, riéndose, a otra mula:

—¿No recuerdas acaso que verdaderamente nosotras acarreamos esas piedras? Y, sin embargo, hasta ahora se decía que el puente lo había construido el rey Antíoco.

¹ Antioquía (con tilde en la “i”) es una ciudad muy antigua que pertenece a lo que hoy conocemos como Turquía. Es mencionada en varias partes de la Biblia, principalmente en el Nuevo Testamento, pues fue importante en los inicios del cristianismo. De su nombre proviene el de nuestro departamento: Antioquia.

► Actividades

1. ¿Qué relación encuentras entre el texto “Somos el resultado de lo que otros han hecho” y “Los constructores”? Escribe tu opinión en el cuaderno y compártela con tu maestro, tus compañeros o tu familia.
2. Mira atentamente a tu alrededor. El trabajo de los otros está por todas partes. Los muros de la mayoría de las casas que conoces fueron levantados por personas que no conoces o que ya no están. ¿Quién construyó la iglesia de tu pueblo? ¿Quién sembró el árbol del parque? Conviértete en un detective e intenta averiguar de quiénes fueron las manos invisibles que construyeron las cosas que encuentras a tu alrededor: tu casa, la escuela, las casas de los vecinos, la carretera o el camino, el acueducto... Y tantas y tantas cosas que hoy en día te prestan alguna utilidad y que siempre han estado allí para ti. A cuantas más personas les puedas preguntar, más podrás desentrañar del pasado. Escribe un informe de lo que averigües o, si lo prefieres, una crónica donde relates tu búsqueda de información.
3. En el cuento encontramos esta frase: “Las piedras del puente fueron traídas desde las montañas por las mulas. Al pasar de ida o de vuelta sobre el puente están cabalgando sobre los lomos de las mulas de Antioquía, constructoras de este puente”. En esta frase podemos ver cómo se conseguían y transportaban en la antigüedad los materiales para las construcciones. ¿Qué diferencias y similitudes encuentras entre como se hacía antes y como se hace ahora? Escribe esta comparación en tu cuaderno y compártela con tu maestro, tu familia o tus compañeros.

La risa



Dicen que un sabio dijo...

"El tiempo que pasa uno riendo es tiempo que pasa con los dioses".

Proverbio japonés

Siempre es bueno reír

En un bus iba una vez un payasito en la banca de atrás. En una de las paradas se subió otro payasito, quien se dirigió directo hasta la última banca con la intención de sentarse. Al ver que no había suficiente espacio, el payasito parado le dijo al de la banca:

—Córrase más pa'allacito.

Tal vez no conocías este clásico chiste y te causó risa, quizás ya lo tenías en tu repertorio humorístico y recordarlo solo te produjo una leve sonrisa, o simplemente dijiste “¡bahh!”, pensando que el chiste es malo. La otra posibilidad es que aún no te hayas pillado el chiste. En cualquiera de las circunstancias, la risa está presente en mayor o en menor medida, y lo que esta produce interiormente es una sensación agradable que cambia el rostro, hace que exhalamos el aire de manera más energética y le da al cerebro cierto bienestar. Pero antes hay que descifrar el código que posee el chiste para encontrarle la gracia.

Estudios científicos concluyen que la risa produce cambios transitorios en la expresión facial, generados por la contracción de hasta 50 músculos del rostro, y algunos sostienen que en una carcajada prolongada se activan alrededor de 400 músculos, desde los faciales hasta los abdominales. Las vibraciones de la risa provocan que, si estás congestionado y tienes dificultades para respirar, se libere la mucosa de la nariz y se despejen los oídos.

La risa no solo nos transforma en personas más felices, sino que además juega un papel social muy importante. Los humanos comenzamos a desarrollar esta habilidad pocos meses después de nacer y, conforme vamos creciendo, disminuye la facilidad para dejarnos llevar por la risa ante algo gracioso. Es posible que nuestro sentido de lo cómico se vaya atenuando y volviéndose un poco más selecto para aparecer, pues según datos científicos, los adultos suelen reír entre 15 y 100 veces al día, frente al promedio de 300 veces diarias de los niños.

Seguramente te has contagiado de la carcajada de alguien que lo hace de una forma tan graciosa que no puedes evitar morirte de la risa, como solemos referirnos a ese momento en el que nos quedamos sin aire y hasta lloramos de tanto reír.

► Vamos a leer

En esta ocasión te presentamos a Rikki Blanco, nacido en España en 1978, un ilustrador y colaborador de importantes diarios, como *El País* y *New Yorker*. De su libro *Cuentos pulga* seleccionamos para ti “Ding Dong”, un relato corto que nos habla sobre la risa y nos cuenta la historia de un payaso que siempre se ríe por todo.

Antes de leer este cuento, te invitamos a ponerte frente a un espejo y reírte con las vocales. Comienza con un suave y lento ja, ja, ja, ja; sigue con un sobrio je, je, je, je; cierra un poco los ojos y trata un achinado ji, ji, ji, ji; y así hasta que llegues a un fantasmagórico ju, ju, juuuu. Fíjate cómo cambian tus expresiones faciales. ¡Y listo, ya estás preparado para leer este cuento que te hará reflexionar sobre la risa!

Ding Dong (el payaso)

Rikki Blanco

El anciano Ding Dong se reía absolutamente de todo, y cuando digo todo me refiero a que el simple vuelo de una mosca lo mataba de la risa. Y de hecho es así como él decía que iba a acabar: muerto de risa. Pero como Ding Dong no hablaba dos palabras seguidas en serio, nadie le hizo nunca mucho caso.

Y pasó lo que tenía que pasar: un tragicómico día alguien mató a Ding Dong. Fue sin querer. Lo hizo con un chiste, uno de esos que cuesta entender a la primera. El payaso no rio. Falleció así. Con la cara de “no lo pilló”. Quién iba a creer que, al final, al contrario de como él siempre decía, expiró con cierto aire preocupado.

Lo enterraron un día soleado en el cementerio municipal.

Morirse fue lo único serio que hizo el payaso Ding Dong, y ni aun con esas, porque parece ser, y lo dicen más de dos, que si pones la oreja en su nicho puedes oír cómo se desternilla de la risa.

Al difunto Ding Dong le costó, pero al final pilló el chiste.

► Actividades

1. Presta atención a la risa de personas de tu familia, amigos o vecinos. ¿En qué se diferencian y en qué se parecen? ¿Quiénes se ríen con más frecuencia y quiénes con menos frecuencia? ¿Cuál es la risa más pegajosa? ¿Quién te hace reír a ti más? Escribe las respuestas a estas preguntas en tu cuaderno.
2. Cuéntale a alguien, con tus propias palabras, el cuento “Ding Dong (el payaso)”.
3. Imagínate la vida de Ding Dong y escribe una biografía de este personaje. Luego, haz un dibujo de algún momento en la vida de Ding Dong.

La **biografía** es un texto que habla sobre la vida de las personas: dónde y en qué año nacieron, en qué año murieron, dónde estudiaron, cuáles fueron sus trabajos y qué cosas hicieron en la vida.



4. Compartir la risa siempre es una buena idea. Reúnete con algunas personas y cuéntense chistes. No importa que ya los conozcan, a veces solo recordarlos traerá a la memoria la risa de otro momento. No hay un límite de tiempo para esta actividad: en realidad, entre más chistes se cuenten, mejor. Es importante que todos cuenten, porque contar chistes es la mejor manera de aprender a contar chistes.

5. Las exageraciones son formas de aumentar jocosamente las características de algo o de alguien. Por ejemplo:
 - Más nervioso que Pinocho en el detector de mentiras.
 - Más peligroso que un barbero con hipo.
 - Se despide más que circo pobre.

Usa tu imaginación y trata de completar las siguientes exageraciones:

- Se le saca más jugo a una...
- Se queja más que...
- Es tan de malas que...
- Es tan exagerada que una vez...
- Tiene más carne un...
- Vive más aburrido que...

La amistad



Dicen que un sabio dijo:

"La amistad es un alma que habita en dos cuerpos, un corazón que habita en dos almas".

Aristóteles

Los amigos

Los seres humanos somos seres sociales. Esto quiere decir que vivimos en compañía de otros seres humanos. Durante nuestros primeros años contamos con los cuidados y la compañía de nuestra familia cercana, pero a medida que vamos creciendo, nuestras relaciones con otros se amplían y empiezan a llegar los amigos a nuestra vida.

Nuestros primeros amigos son los que viven cerca de nosotros, con quienes compartimos tiempos y juegos. A veces son nuestros compañeros de la escuela o nuestros vecinos. Con estos primeros amigos aprendemos a divertirnos y nos ayudan a encontrar nuestros gustos y afinidades, y a adquirir algo de independencia. Podemos pasar horas y horas con ellos jugando fútbol, bañándonos en la quebrada, observando los diferentes animales que nos topamos en los caminos, inventando mundos con nuestra imaginación y haciendo bromas. Casi no hay peleas, y cuando se presentan, sanan tan rápido que pronto las olvidamos en medio de los juegos.

Cuando crecemos algo más, es natural que cambiemos de amigos o que conservemos los de siempre y amplíemos nuestro círculo de amistades. Ya no es tan importante que vivan cerca de nosotros o que compartamos mucho tiempo con ellos; lo que ahora importa es que empezamos a darnos cuenta de que hay muchas formas de ser y de pensar, y buscamos a nuestros amigos entre aquellos que piensan y sienten de forma similar a nosotros. Es una etapa donde la amistad se da por afinidades. Con estos amigos empezamos a construir una especie de nueva familia, un clan, donde nos brindamos apoyo

para afrontar los retos emocionales que nos pone la vida. Nuestros amigos se vuelven nuestros confidentes, a quienes contamos lo que nos preocupa, lo que nos duele, lo que nos alegra, lo que nos genera ilusión.

Más adelante volvemos a cambiar de amigos. Pueden ser los mismos, pero no son nuestros amigos por los mismos motivos. Cuando ya somos más maduros, comprendemos que no necesitamos pensar igual para ser amigos y valoramos otras cosas, como la lealtad y la sinceridad. Los más grandes amigos son aquellos que están allí para apoyarnos en los momentos difíciles, para darnos palabras de ánimo, para no dejarnos desfallecer; también para aterrizarlos cuando estamos dejándonos llevar por ciertas situaciones, o para llamarnos la atención sobre algo que estamos haciendo mal.

Debemos ser conscientes de que la amistad es una carretera de doble vía: lo que recibo es lo que entrego, lo que entrego es lo que recibo. Es una relación de reciprocidad. No puedo esperar algo de un amigo que no estoy dispuesto a entregar yo mismo.

Bien sea que cambiemos o conservemos los amigos a lo largo de la vida, y aunque con el paso del tiempo busquemos en ellos cosas diferentes, en todo caso le ponen el toque dulce a nuestra existencia, nos invitan a reír y disfrutar, nos dan sus opiniones y consejos desinteresadamente, nos enseñan que la vida es más bonita cuando la pasamos en compañía de alguien. No importa si son amigos que duran poco o son amigos de años y años: todos nos dejan enseñanzas, todos enriquecen nuestra vida.

► **Vamos a leer**

Los amigos han sido tan importantes para las personas que en todas las culturas se ha escrito sobre ellos. Hoy queremos compartir dos textos: el primero, “Amigos”, de autor anónimo y perteneciente a la tradición árabe. Como es común en los relatos árabes, es un texto cargado de enseñanzas, que nos invita a reflexionar sobre el trato que debemos dar a los amigos en las situaciones de la vida.

El segundo texto, “Amistad”, es de uno de los grandes poetas que han nacido en Antioquia: Carlos Castro Saavedra, fértil escritor que publicó

más de 17 libros de poemas, más algunos cuentos, ensayos y obras de teatro. Nació en Medellín en 1924 y murió en esta misma ciudad en 1989.

Antes de leer estos dos textos sobre la amistad, te invitamos a buscar a tu mejor amigo o amiga y a darle un abrazo. Luego, lee el cuento y el poema y, si puedes, dale otro abrazo a tu amigo, o a un amigo diferente.

Amigos

Cuento popular árabe

Dos amigos viajaban por el desierto y en un determinado punto del viaje discutieron y uno le dio una bofetada al otro.

El otro, ofendido, sin nada que decir, escribió en la arena:

“Hoy mi mejor amigo me pegó una bofetada en el rostro”.

Siguieron adelante y llegaron a un oasis donde resolvieron bañarse. El que había sido abofeteado y lastimado comenzó a ahogarse, y fue salvado por el amigo. Al recuperarse tomó un estilete y escribió en una piedra:

“Hoy mi mejor amigo me salvó la vida”.

Intrigado, el amigo preguntó:

—¿Por qué, después de que te lastimé, escribiste en la arena y ahora escribes en una piedra?

Sonriendo, el otro amigo respondió:

—Cuando un gran amigo nos ofende, debemos escribir en la arena, donde el viento del olvido y el perdón se encargará de borrarlo y apagarlo; por otro lado, cuando nos pase algo grandioso, debemos grabarlo en la piedra de la memoria del corazón, donde viento ninguno en todo el mundo podrá borrarlo.

Amistad

Carlos Castro Saavedra

Amistad es lo mismo que una mano
que en otra mano apoya su fatiga
y siente que el cansancio se mitiga
y el camino se vuelve más humano.

El amigo sincero es el hermano
claro y elemental como la espiga,
como el pan, como el sol, como la hormiga
que confunde la miel con el verano.

Grande riqueza, dulce compañía
es la del ser que llega con el día
y aclara nuestras noches interiores.

Fuente de convivencia, de ternura,
es la amistad que crece y se madura
en medio de alegrías y dolores.



► Actividades

1. ¿Cuál fue la idea que más te gustó o te llamó la atención del texto inicial de esta guía, llamado “Los amigos”? Cópiala en tu cuaderno y a partir de esta escribe un nuevo texto de dos o tres párrafos, donde cuentes para ti qué es la amistad y por qué son importantes los amigos. Lee lo que escribiste a algún amigo o amiga y pregúntale qué es la amistad y qué es lo que más le gusta de tener amigos.
2. Escribe un poema corto que tenga por tema la amistad. Intenta que algunas palabras rimen con otras, para que tenga música.
3. Busca en la biblioteca de tu casa o tu escuela el libro *Cuentos y pasatiempos*, de Secretos para contar. Entre las páginas 110 y 130 encontrarás varios cuentos y poemas que tratan sobre la amistad. Lee varios de ellos y comparte tu favorito con tu mejor amigo o amiga.
4. Después de leer el cuento “Amigos”, identifica los momentos más importantes y plasma, en forma de historieta, lo que sucede entre los personajes. Es importante que antes de dibujar planees primero cuáles son los momentos principales y cuáles son los diálogos que aparecen en esas escenas. Comparte tu historieta con otras personas y pídeles su opinión sobre ella y sobre el mensaje que transmite.

Las historietas, también conocidas como cómics, son un tipo de textos que combinan los dibujos con la escritura. En ellas se ve a los personajes de una historia en los momentos más importantes, y se escriben los diálogos que sostienen. Es muy interesante que los dibujos sirven para expresar algunas cosas, y los diálogos escritos para expresar otras o complementar lo que se ve.



El ingenio



Dicen que un sabio dijo...

“No basta tener buen ingenio; lo principal es aplicarlo bien”.

René Descartes

Pensar para avanzar

Cada día la vida pone retos delante de nosotros. Tenemos la posibilidad de verlos como un obstáculo que nos impide seguir o como una oportunidad para desarrollar nuestras capacidades y destrezas, una ocasión propicia para crecer, para convertir cada muro que encontramos en un peldaño que nos permita avanzar en la escalera de la vida.

Gracias a que muchísimas personas antes que nosotros han visto estos retos como una oportunidad para mejorar, es que hoy en día gozamos de los beneficios de la civilización y la cultura, de la tecnología y la ciencia.

Imagina por un momento cómo era todo hace miles de años. ¿Cómo era la noche para los humanos de antes? Nosotros ahora tenemos bombillos que alumbran con electricidad, pero anteriormente hubo velas, antorchas, lámparas de aceite, y antes... nada, solo oscuridad. Pero generaciones y generaciones de personas utilizaron su mente, analizaron materiales y sus propiedades, intentaron comprender la naturaleza del fuego y de la luz, de la energía, de la electricidad, y poco a poco la noche se fue poblando de claridad: la oscuridad se iluminó con la tenue luz de las velas y, hoy por hoy, rodeados de luces de varios colores, la noche no es un obstáculo para que realicemos actividades en las horas en que antes solo quedaba la opción de dormir.

Así pues, la creatividad y el ingenio de los seres humanos nos han servido durante milenios para solucionar nuestros más grandes problemas. La agricultura y el cuidado de los rebaños nos permitieron vivir en un solo lugar

y contar con alimentos todo el año; gracias a los pozos y los acueductos no necesitamos ir cada día al río a buscar agua o a bañarnos; la invención de los motores nos dio la posibilidad de viajar a grandes velocidades y movilizar pesos enormes; la electricidad abrió una puerta para desarrollar todo tipo de artefactos con utilidades tan variadas como lavar la ropa, enfriar o calentar los alimentos, o comunicarnos con las demás personas a través de la distancia.

Los obstáculos también se presentan a una escala pequeña y personal. ¿Cómo lograr que un portón se cierre solo?, ¿cómo fabricar una silla cómoda?, ¿cómo filtrar el agua de la casa?, ¿cómo atravesar más fácilmente una quebrada?, ¿cómo hacer una huerta en terrenos quebrados? Todos los días aparecen retos. Depende de nosotros aprender a sacarle gusto a hallar las soluciones, a ser recursivos, aprovechar lo que tenemos a nuestro alrededor, cultivar nuestra creatividad y nuestro ingenio, probarnos a nosotros mismos y a los demás que los seres humanos somos una caja de sorpresas, una fuente inagotable de inteligencia, y que si algo se nos da bien en esta vida es solucionar problemas. Y tú, ¿has resuelto algo el día de hoy?

► Vamos a leer

Conocido como el padre de la didáctica y como el inventor del libro de texto (por cierto, algo muy ingenioso), Juan Amos Comenio nació en República Checa en 1592 y vivió en Holanda hasta su muerte en 1670. Su obra más importante es la *Didáctica magna*, considerada un gran referente en la educación. Hoy queremos compartir su cuento “Ocurrencia”, que nos invita a pensar sobre el valor que tiene el ingenio en la vida de las personas y en la historia de la humanidad.

Pero antes de que leas este cuento, se nos ocurre poner a prueba tu ingenio con el siguiente acertijo:

Juan debe pasar de una orilla del río a otra, acompañado de un tigre, un conejo y un costal de zanahorias, y solo tiene una barca. El problema es que en la barca solo caben él y el tigre, o él y el conejo, o él y las zanahorias; es decir, solo puede llevar de a uno. Juan no se atreve a dejar al tigre con el conejo ni al conejo con las zanahorias porque ambos animales tienen hambre. ¿Cómo podrán pasar al otro lado del río?

Ocurrencia

Juan Amos Comenio

Durante un banquete, Colón era objeto de frases mortificantes por parte de los españoles, que envidiaban al italiano la gloria de su gran descubrimiento; y como, entre otras cosas, llegó a oír que el descubrimiento de otro hemisferio no era debido a la ciencia, sino a la casualidad, y que, por lo tanto, otro cualquiera podría descubrirlo, propuso este sutil problema:

¿De qué modo podría un huevo de gallina sostenerse en pie sobre uno de sus extremos sin ningún otro apoyo?

Todos lo intentaron en vano, y entonces él, golpeándolo ligeramente sobre un plato, quebró un poco la cáscara y lo hizo tenerse en pie. Rieron todos, exclamando que también podrían hacerlo ellos, a lo que les contestó Colón:

—Podrán ahora porque han visto que puede ser, ¿pero por qué no lo hicieron antes que yo?



William Hogarth, *El huevo de Colón*.

► Actividades

1. Observa atentamente a tu alrededor e intenta encontrar algunos problemas que están esperando una solución. Pueden ser cosas sencillas, como algún objeto que nunca tiene un buen lugar dónde ser guardado o algún elemento que está fallando. Busca una solución al problema y preséntasela a los miembros de tu familia o a tu maestro para ver si les parece una buena solución. ¿Proponen otra?, ¿cuál es mejor?
2. Observa la ilustración de William Hogarth, llamada *El huevo de Colón*. Observa a los diferentes personajes y sus expresiones. Teniendo en cuenta el texto “Ocurrencia”, trata de escribir lo que cada uno de los personajes piensa en el momento que representa la ilustración.
3. Investiga en la biblioteca de tu escuela o en internet un poco más sobre Cristóbal Colón. ¿Dónde nació y murió?, ¿cuántos viajes realizó a través del océano Atlántico y a qué lugares llegó?, ¿a dónde creía que se dirigía?, ¿cuáles fueron los hechos más importantes de su vida?, ¿qué le llevó a la reina Isabel a la vuelta de su primer viaje?, ¿fue Colón el primero que habló sobre la esfericidad de la Tierra? Imagínate qué habría pasado si nunca hubiera cruzado el Atlántico y llegado al continente americano: ¿cómo sería nuestra vida? Escribe todo esto en tu cuaderno.

El amor de pareja



Lee al derecho y al revés

Amo la pacífica paloma.

Amor a Eva, usa suave aroma.

A mamá, Roma le aviva el amor a papá,
y a papá, Roma le aviva el amor a mamá.

Como tortolitos

¿Qué es el amor? Probablemente todos tengamos una respuesta para esta pregunta y probablemente también estas respuestas sean muy diferentes entre sí. Poetas y cantores de todas las naciones y de todos los tiempos le han dedicado sus mejores estrofas y tonadas al amor, ¿pero habrán dicho la última palabra sobre él?

El amor es algo que nos inspira y nos motiva a ser mejores, nos llena de entusiasmo en cada mañana. El amor parece ser una de las leyes del universo que hacen que todo permanezca unido, que las criaturas se junten, se protejan, se multipliquen y se perpetúen. Es una fuerza incontrolable que colma los corazones de gozo y agradecimiento. Se expresa con caricias, con miradas, con palabras, con abrazos, pero también con silencios, con quietudes, con suspiros y hasta con regañños.

Hay amores agitados como el mar en una tormenta y otros apacibles como un lago en calma. A veces el amor llega de súbito y cae fulminante como un rayo, otras veces se toma su tiempo para aparecer, como un roble que germina entre las sombras del bosque y crece cada día un poco hasta convertirse en el más alto de los árboles. Hay amores melosos, dulces, hostigantes; y amores secos, duros, casi imperceptibles. Hay amores que no duran más que el tiempo que tarda una flor en abrirse y marchitarse, y otros a los que parece que no les pasa el tiempo y que tienen la fortaleza de la piedra en el río. Hay amores que llegan porque tenían que llegar, como las lluvias de octubre; y otros que hay que ir a buscar como tesoros escondidos entre los montes. Hay

unos que nos llenan el alma y otros que nos dejan vacíos; unos que nos hacen reír y otros que nos hacen llorar, y unos que son todo al mismo tiempo.

Dicen que el amor es ciego, que no atiende razones, que no tiene edad ni horario ni fecha en el calendario. Dicen muchas cosas sobre el amor, pero lo que verdaderamente importa es lo que tú, en el fondo de tu corazón, en tu mente, en las puntas de tus dedos, en las comisuras de tus labios, crees que es. Para ti, ¿qué es el amor?

► Vamos a leer

Y ya que estamos hablando sobre el amor, te invitamos a leer “El beso”, un cuento de Hjalmar Söderberg, en el cual nos narra con humor y delicadeza lo que pasa por los pensamientos de una pareja de jóvenes antes de regalarse un primer beso. Söderberg es un escritor sueco nacido en Estocolmo en 1869. Escribió novelas, cuentos, teatro y crónicas. Murió en Copenhague (Dinamarca) en 1941.

Antes de continuar piensa en alguna persona especial, en alguien que te guste mucho. Trata de recordar los rasgos de su rostro, su modo de caminar, cómo es su cabello. Piensa qué es lo que más te gusta de esa persona. Ahora estás listo para leer “El beso”.

El beso

Hjalmar Söderberg

Érase una vez una muchacha y un joven. Estaban sentados en una piedra, en una punta de tierra que se adentraba en el mar, y las olas golpeaban hasta tocar sus pies. Estaban sentados, callados, cada uno en sus pensamientos, y vieron ponerse el sol.

Él pensó que tenía muchas ganas de besarla. Su boca parecía hecha para eso. Había visto chicas más hermosas y, en realidad, estaba enamorado de otra, pero no creía poder besarla nunca, ya que era un ideal y una estrella, y “a las estrellas uno no puede desear poseerlas”. Ella pensó que querría que él la besara, porque entonces tendría una oportunidad de enojarse con él y mostrarle lo mucho que lo

despreciaba. Se levantaría, levantando las faldas y ajustándolas en torno a sí; lo miraría con una mirada cargada de helada burla y se iría, derecha y sin prisas innecesarias. Pero para que no pudiera adivinar lo que pensaba, dijo en voz baja, muy lentamente:

—¿Cree usted en otra vida después de esta?

Él pensó que sería más fácil besarla si contestaba que sí. Pero no recordaba bien cómo había respondido en otra oportunidad a la misma pregunta y tuvo miedo de contradecirse. Por eso la miró profundamente a los ojos y dijo:

—Hay momentos en que creo que sí.

Esa respuesta agradó a la chica enormemente y pensó: “De todas maneras, me gusta su pelo y también la frente. Es una lástima que la nariz sea tan fea y que no tenga una posición. Es solo un estudiante”. Con un novio como ese no la envidiarían sus amigas.

Él pensó: “Ahora, decididamente, puedo besarla”. Pero tenía mucho miedo; no había besado antes a ninguna joven de buena familia y se preguntaba si sería peligroso. Su padre dormía, tumbado en una hamaca, no muy lejos de allí, y era el alcalde de la ciudad.

Ella pensó: “¿Será quizá mejor que le dé un bofetón cuando me bese?”. Y pensó de nuevo: “¿Por qué no me besa?, ¿es que soy tan fea y desagradable?”.

Y se inclinó sobre el agua para mirarse reflejada, pero su retrato se rompió en las olas que salpicaban.

Pensó a continuación: “Me pregunto qué sentiré cuando me bese”. En realidad, la habían besado una sola vez, un teniente, después de un baile en el hotel de la ciudad. Pero olía muy mal, a cigarros y a ponche, y ella se había sentido un poco halagada de que la hubiera besado, ya que era un teniente, pero, por otra parte, ese beso no había sido gran cosa. Y, además, lo odiaba, porque después del beso ni le había propuesto matrimonio ni había vuelto a mirarla.

Mientras estaban allí sentados, cada uno en sus pensamientos, el sol se puso y oscureció.

Y él pensó: “Ya que está todavía sentada a mi lado y el sol se ha ido, quizá no tenga nada en contra de que la bese”.

Y lentamente le pasó un brazo sobre los hombros.

Eso ella no lo había previsto. Había creído que la besaría sin más preámbulos y que entonces ella le daría una bofetada y se iría como una princesa. Ahora no sabía qué hacer; quería enfadarse con él, pero no quería perder la oportunidad de ser besada. Por eso se quedó sentada completamente quieta.

Entonces él la besó.

Era mucho más extraño de lo que ella había pensado; sintió que se quedaba pálida y sin fuerzas, y que se había olvidado totalmente de darle un bofetón, y de que no era nada más que un estudiante.

Él pensó en un pasaje del libro de un médico muy religioso, llamado *La especie femenina*, donde decía: “Pero cuidado con dejar que el abrazo matrimonial se supedite al dominio de las pasiones”. Y pensó que debía ser muy difícil cuidarse si un solo beso podía ya hacer tanto.

Cuando salió la luna, estaban todavía sentados besándose.

Ella le susurró al oído:

—Te amé desde el primer momento en que te vi.

Y él respondió:

—Para mí no ha habido otra en el mundo como tú.

► Actividades

1. En los cuentos muchas veces se esconden enseñanzas. Las fábulas y las parábolas contienen moralejas, que son explicaciones de la sabiduría que se oculta en los hechos y circunstancias que viven los personajes. Sin embargo, a veces los cuentos que leemos no nos dicen directamente qué es lo que quieren enseñarnos, y nosotros debemos sacar las conclusiones. ¿Cuál te imaginas que puede ser una moraleja o una enseñanza del cuento “El beso”? Escríbela en tu cuaderno.
2. Existen muchas canciones que tienen que ver con los besos. Intenta recordar alguna y escribe la letra en tu cuaderno. Ahora, inventa un cuento de amor donde utilices algunas de las frases o versos de la canción.
3. Busca en la biblioteca de tu casa o de tu escuela el libro *Cuentos y pasatiempos*, de Secretos para contar. Entre las páginas 10 y 35 encontrarás varios cuentos y poemas que tratan sobre el amor. Escoge tu preferido y léeselo en voz alta a alguna persona especial.
4. Escribe un acróstico para alguien especial, con el cual le envíes un mensaje lindo. Puede ser para alguien que te guste o puedes escribirlo para alguien que quieres mucho, como tu madre, tu padre, un tío, una abuela o tu perro.

Un acróstico es un poema que contiene un mensaje oculto entre sus letras. Con frecuencia se escribe utilizando las letras de una palabra o frase como punto de partida de cada uno de los versos. Por ejemplo, en el siguiente acróstico está escondida la palabra “AMOR”:

*Al amanecer te he dicho
Mi dulce princesa de los
Ojos brillantes, que mi sentir es
Real, como real son tus ojos azules.*

Para ver otro ejemplo de acróstico puedes buscar en la biblioteca de tu casa o de tu escuela el libro *Lecturas para todos los días*, de Secretos para contar, e ir a la página 61.



Ser justo



Dicen que un sabio dijo...

"Conocer lo que es justo y no practicarlo es una cobardía".

Confucio

La justicia no es ciega

Cuando los artistas representan a la justicia lo hacen como una mujer con los ojos vendados, que lleva en su mano izquierda una balanza y en su mano derecha una espada.

La balanza significa que quien imparte justicia debe atender a las razones y a los argumentos. Debe ponerlos en la balanza y pesar cada uno para encontrar la mejor solución, porque no todo es blanco o negro, existen los puntos medios.

La espada simboliza que la justicia castiga a los culpables y lo hace con vigor, porque de esta forma protege a los inocentes. El castigo es una forma de advertir a los hombres sobre lo que les sucederá en caso de incurrir en actos malvados o perjudiciales para otros.



Los ojos vendados hacen alusión a que la justicia no mira a los hombres, sino a los hechos. Es decir, que no importa quién es la persona juzgada, cuál es su posición en la sociedad, su riqueza o su pobreza: lo importante son sus actos. Por esto se dice que la justicia es ciega.

Sin embargo, es necesario aclarar que la justicia, lejos de ser ciega, debe ser profundamente observadora. Solo mediante una observación atenta se puede llegar a establecer la verdad que servirá como punto de partida para impartir justicia. La justicia sin la verdad no puede ser justa. Por ello es importante que cada vez que se presente una situación en la que sea necesario establecer responsabilidades frente a un acontecimiento o repartir algún bien para disolver una disputa, quien esté encargado de hacerlo sea una persona íntegra, que no tenga preferencias hacia un lado o hacia otro, que escuche atentamente las diferentes versiones y, sobre todo, que sea muy buen observador para que se percate de los detalles que, finalmente, serán esclarecedores a la hora de buscar la verdad.

Con frecuencia pensamos que la justicia solo es administrada en los estrados judiciales y en las instituciones del Estado. Pero la realidad es que todos nosotros nos vemos enfrentados a situaciones en las cuales es necesario impartir justicia: en el hogar, en la escuela, en el partido de fútbol, en la repartición de las frutas que cogimos el domingo. Por eso todos debemos estar preparados para hacerlo en algún momento, ser íntegros, equilibrados, observadores, reflexivos, para que los demás confíen en nosotros y, a la vez, nosotros podamos confiar en los demás. Esto nos conviene a todos.

► **Vamos a leer**

Te invitamos a leer “El buen juez”, uno de los cuentos del gran escritor León Tolstói, que nos habla sobre la justicia y cómo para administrarla es necesario no solamente ser un hombre ecuánime, sino también alguien atento, observador de los detalles y un buscador implacable de la verdad.

Como preparación te invitamos también a compartir con alguien un alimento. Pero la condición es que tú lo partas con un cuchillo o con la mano, y la otra persona escoja la porción que quiera. Pueden hacerlo al revés: el otro divide el alimento y tú escoges la parte que quieras.

El buen juez

León Tolstói

Un emir¹ quiso averiguar si era verdad que en un lugar de sus dominios había un juez extraordinariamente hábil y justo, que descubriría siempre la verdad, hasta el punto de que nadie había logrado engañarlo nunca.

Se disfrazó de comerciante y se presentó en el lugar donde habitaba el juez.

A la entrada del pueblo se encontró con un mendigo que le pidió limosna. El emir le dio unas monedas, e iba a proseguir su camino cuando el mendigo se aferró a un estribo.

—¿Qué quieres? —le preguntó entonces—. ¿No te he dado ya limosna?

—Me has dado limosna —respondió el mendigo—. Pero quiero que me hagas el favor de llevarme sobre tu caballo hasta la plaza, porque los demás caballos podrían pisotearme si tratase de llegar hasta allí por mí mismo.

El emir subió al anca al mendigo y lo condujo hasta la plaza.

Allí detuvo el caballo, pero el mendigo no bajaba.

—¿Por qué no te mueves? —le dijo—. Baja, hemos llegado.

—¿Por qué he de bajar? —le replicó el mendigo—. Este caballo es mío. Si por las buenas no me lo dejas, el juez decidirá.

Muchas personas los rodeaban, escuchando la discusión.

—Vayan a casa del juez —les gritaron—. Él los pondrá de acuerdo.

El emir y el mendigo fueron en busca del juez.

¹ “Emir” es un título de nobleza de gobernantes islámicos. Se usaba para designar a gobernantes con poderes políticos, económicos y administrativos en ciertos territorios.

Había mucha gente en la sala; el juez llamaba por turno a los que ante él debían comparecer. Antes de que al emir le llegara el turno, el juez atendió a un sabio y a un campesino. Disputaban por una mujer. El campesino afirmaba que era la suya; el sabio sostenía lo contrario y la reclamaba, porque decía que le pertenecía.

El juez, después de oírlos, guardó un momento de silencio. Después dijo:

—Dejen a la mujer en mi casa y vuelvan mañana.

Cuando aquellos partieron, entraron un carnicero y un vendedor de aceite. El carnicero llevaba dinero en la mano y el aceitero estrechaba la mano del carnicero.

El carnicero decía:

—Le compré aceite a este hombre y saqué mi bolsa para pagarle, cuando me tomó la mano para robarme el dinero; y ante ti hemos venido, yo con la bolsa y él sujetando mi mano. ¡El dinero me pertenece y él es un ladrón!

—¡No es cierto! —replicó el aceitero—. El carnicero quiso comprarme aceite y me rogó que le cambiase una moneda de oro; tomé el dinero y lo puse sobre el mostrador. Él se apoderó entonces de la bolsa y quiso huir, pero yo lo cogí de la mano y aquí estamos.

Después de una pausa, respondió el juez:

—Dejen el dinero en mi casa y vuelvan mañana.

Cuando llegó el turno al mendigo y al emir, este refirió cómo había ocurrido el hecho. El juez lo escuchó y cuando terminó pidió al mendigo que le diera su versión.

—Nada de lo que ha dicho es cierto —replicó—. Yo atravesaba el lugar montando en mi caballo, cuando él me pidió que lo llevase a la plaza de la ciudad. Lo hice subir sobre las ancas del animal y lo conduje a donde

quería ir, pero una vez llegamos no quiso bajar, diciendo que el caballo era suyo, lo cual no es cierto.

Después de una pausa, dijo el juez:

—Dejen el caballo en mi casa y vengan aquí mañana.

Al día siguiente una gran multitud se reunió para conocer las decisiones del juez. Llegaron el sabio y el campesino.

—Llévate la mujer —le dijo el juez al sabio—, y que den cincuenta azotes al campesino.

El juez llamó al carnicero.

—La bolsa es tuya —le dijo.

Y señalando al vendedor de aceite:

—Que le den cincuenta azotes —añadió.

Llegó el turno del emir y el mendigo.

—¿Reconocerías a tu caballo entre otros veinte? —preguntó el juez al emir.

—Lo reconocería.

—¿Y tú?

—También —dijo el mendigo.

—Sígueme —dijo el juez al emir.

Fueron al establo y este reconoció a su caballo entre otros veinte. El juez llamó en seguida al mendigo y le ordenó que le dijese cuál era el animal. El mendigo reconoció al caballo y lo mostró. Volvieron todos a la sala y el juez dijo al príncipe:

—El caballo es tuyo. Ve por él.



E hizo dar cincuenta azotes al mendigo.

Después de esto, el juez se volvió a su casa. El emir lo siguió.

—¿Qué quieres? —le preguntó el juez—. ¿Te desagrada mi sentencia?

—Estoy muy satisfecho de ella —le dijo—. Solo que quería saber cómo supiste que la mujer era del sabio y no del campesino; que la bolsa era del carnicero y no del mercader de aceite; y que el caballo me pertenecía.

—He aquí cómo supe que la mujer era del sabio; por la mañana la llamé y le dije: “Echa tinta en mi tintero”. Ella lo cogió, lo limpió apresuradamente y lo llenó de tinta. Eso quiere decir que estaba acostumbrada a hacerlo. Si hubiera sido la mujer de un campesino, no hubiera sabido cómo arreglárselas. De ahí deduje que el sabio tenía razón. En cuanto al dinero, he aquí cómo supe la verdad. Anoche puse la bolsa en un cubo de agua y por la mañana fui a ver si en el agua flotaba aceite. Si el dinero hubiera sido del aceitero, el roce de sus manos aceitosas

debió haber manchado la bolsa y algo de aceite hubiera quedado: como el agua estaba clara, el dinero pertenecía al carnicero. Respecto al caballo, el caso era más difícil de resolver. El mendigo lo reconoció tan pronto como tú. Pero la prueba era otra. Los hice ir al establo para ver a quién de los dos reconocía el caballo. Cuando tú te acercaste, el animal volvió la cabeza hacia ti, mientras que cuando se acercó el mendigo solo movió la oreja y levantó la pata. He aquí cómo comprendí que tú eras el dueño del caballo.

El otro dijo entonces:

—Yo no soy mercader, soy el emir, y he venido solamente para saber si lo que de ti se hablaba era cierto. Ahora veo que eres un sabio y hábil juez. Pídeme lo que quieras y te lo concederé.

—Ninguna recompensa necesito —respondió el juez—. Me basta con oír tus alabanzas.

► Actividades

1. Escribe un texto donde expliques qué es para ti la justicia.
2. Lee en voz alta el cuento “El buen juez” a alguien más y conversen sobre cómo les parece que actuó el juez de la historia. ¿Qué habrían hecho ustedes en caso de estar en su lugar?
3. ¿Qué crees que hacen los jueces?, ¿conoces algún caso donde se haya dado una sentencia?, ¿cuál fue? Escribe en tu cuaderno tu respuesta.
4. Realiza una historieta del cuento “El buen juez”. Escoge muy bien las escenas principales, los personajes y los diálogos. Luego dibuja, colorea y escribe los textos. Comparte tu historieta con alguien más. Si alguno de tus compañeros también la realizó, comparen las diferentes escenas que escogieron y la forma en que presentaron los diálogos. ¿Hay diferencias entre ellas?

Abrir la mente



Dicen que un sabio dijo...

"Debemos desaprender las constelaciones para ver las estrellas".

Jack Gilbert

La verdad cambia

Muchos de los filósofos más importantes de la historia han dedicado incontables páginas de sus escritos a estudiar el cambio como una constante en la vida humana. Todo cambia a cada momento, tal como lo explicaba Heráclito, filósofo griego, quien afirmaba que “nadie se baña dos veces en el mismo río”, la célebre metáfora para decir que todo está en una dinámica de cambio perpetuo.

Muchas teorías científicas han tenido que ser revaluadas a pesar de haber sido aceptadas por sociedades enteras. Una de esas teorías, por ejemplo, fue aquella propuesta por el astrónomo prusiano Nicolás Copérnico (1473-1543), quien recogiendo el trabajo de otros astrónomos importantes que lo antecedieron, planteó que la Tierra gira alrededor del Sol y no al contrario, como todo mundo pensaba.

Para las ideas medievales, el nuevo concepto representaba la sustitución de un orden en el que se consideraba que el Sol giraba alrededor de la Tierra, y que, por lo tanto, nuestro planeta y sus habitantes eran el centro del universo. Copérnico dudó si publicar su obra, pues era consciente de que aquello le podía acarrear problemas con los poderes políticos y religiosos de la época.

Tuvieron que pasar más de 100 años para que la teoría heliocéntrica (en la que se aceptaba que el Sol es el centro de nuestro sistema solar) fuera reconocida por el mundo, e incluso en la actualidad muchas personas todavía piensan que es el Sol el que da vueltas alrededor de la Tierra.

La teoría propuesta por Copérnico planteó un reto para el conocimiento del siglo XVI. El mundo, aferrado al conocimiento establecido, tuvo que soltar lo que creía que era lo verdadero y desaprenderlo para aprender de nuevo las ideas que hicieron avanzar a la ciencia en su intento por comprender el universo.

Muchas veces nos aferramos a lo que sabemos, y este conocimiento se convierte en un peso que nos genera resistencia al cambio, a los nuevos aprendizajes. En estas circunstancias, el desaprender cobra importancia para aprender nuevas cosas, sin miedo o resistencia a romper paradigmas, verdades que creíamos absolutas. Desaprender no se trata de borrar y olvidar lo aprendido: se trata de no ser esclavo de ello, de estar abierto a nuevas ideas, de aceptar que el conocimiento que construimos los humanos es imperfecto y que cada día puede cambiar, reformularse.

► **Vamos a leer**

Las culturas orientales son muy antiguas y prolíficas en tradiciones, historia y textos. Oriente, con su gran legado, nos permite acercarnos a un conocimiento profundo que nos ofrece una perspectiva reflexiva sobre el mundo, una que nos cuestiona desde el propio ser.

El cuento “Desaprender lo incorrecto para aprender lo correcto” es un relato oriental muy hermoso que nos invita a reflexionar sobre la importancia de reevaluar lo que sabemos y sobre la necesidad de aprender a desaprender.

Antes de leerlo, te invitamos a hacer el siguiente ejercicio: toma papel y lápiz e intenta escribir el título comenzando por la última letra y terminando en la primera: comienza por la “o”, sigue con la “t”, y así sucesivamente; no olvides calcular bien el espacio suficiente para escribir de derecha a izquierda.

Desaprender lo incorrecto para aprender lo correcto

Cuento tradicional de Oriente

Un hombre decidió visitar a un maestro para pedirle que lo aceptara como discípulo. Cuando llegó a la casa, fue recibido por una persona que lo interrogó sobre los motivos de su visita.

—Deseo que el maestro me acepte como discípulo —solicitó el recién llegado.

—Muy bien —contestó aquel hombre—, yo soy su asistente y le haré llegar esta demanda.

Transcurrido un tiempo, el hombre de la puerta regresó con un papel.

—El maestro me ha dicho que contestes a las preguntas que hay en esta lista de acuerdo con tus conocimientos.

Como el visitante era un hombre muy instruido, respondió a las preguntas con cierta facilidad, sin que ninguna de ellas le resultara especialmente complicada. Terminado el examen, el asistente recogió las respuestas y retornó al interior de la casa para entregárselas al maestro.

Una hora después, regresó junto al ya impaciente visitante.

—El maestro me ha pedido que te comunique que en las contestaciones a las preguntas planteadas has demostrado una gran erudición; por este motivo te aceptará como discípulo dentro de un año.

Aquel hombre se sintió halagado a la par que un poco triste por el largo plazo marcado por el maestro. Antes de marcharse preguntó:

—Si he contestado acertadamente las preguntas y he de regresar dentro de un año, ¿cuál sería el plazo señalado si no hubiese respondido correctamente al examen?

—Ah, en ese caso —contestó el asistente— el maestro te habría aceptado como discípulo hoy mismo. Tú, en cambio, necesitas todavía un año para liberarte de toda esa carga de conocimiento inútil que llevas encima.

► Actividades

1. Conversa con tus familiares o con tus compañeros sobre lo que entendiste de este cuento y de la relación que encuentras entre él y el texto inicial de la guía, que se llama “La verdad cambia”. ¿Alguna vez has sentido la necesidad de cambiar alguna idea que tenías o de olvidar algo porque es falso? Pregúntales a los mayores si alguna vez han tenido que desaprender algo porque los avances científicos o la tecnificación de las labores agropecuarias los invitaban a cambiar alguna de sus prácticas. ¿Cómo se sintieron?, ¿qué fue lo más importante y lo más difícil?
2. Escribe un pequeño texto donde hagas un listado de los temas en los que te gustaría volverte un experto. Escribe también un listado de saberes que te gustaría olvidar y explica por qué.
3. Escribe la continuación de este cuento, donde narres qué sucedió con el personaje cuando un año después volvió a donde el maestro para convertirse en su discípulo.

Abrir los oídos



Dicen que un sabio dijo...

"El conocimiento habla, pero la sabiduría escucha".

Jimi Hendrix

Oídos abiertos a los consejos

Hay algo que resulta curioso: uno puede cerrar los ojos y dejar de ver, pero no puede cerrar los oídos para dejar de oír. Sin embargo, es muy común que oigamos, pero no escuchemos. ¿Cómo así? Así como lo lees. Nuestros oídos pueden estar trabajando, mientras nuestra atención está en otra parte.

En este mismo instante las ondas sonoras que viajan por el aire entran por tus oídos y hacen vibrar la membrana del tímpano, que a su vez mueve al martillo, el yunque y el estribo, esos tres huesitos diminutos que están conectados a tu sistema nervioso y que convierten las vibraciones del ambiente en lo que llamamos sonido... Probablemente no te habías dado cuenta de los pájaros que cantan, o del sonido de los grillos, o de los vehículos que pasan cerca del lugar donde estás. Ahora que les prestas atención te percatas de que ahí estaban todo el tiempo, aunque antes los ignoraras o los pasaras por alto.

Algo similar a esto pasa cuando las otras personas nos hablan. Puede que las oigamos, que detectemos si su voz es suave o fuerte, aguda o grave, pero si no estamos atentos a sus palabras, no vamos a comprender nada de lo que nos dicen. Oímos, pero no escuchamos. Escuchar, entonces, está relacionado con la atención y posibilita la comprensión.

A veces somos cabeciduros. Podemos entender lo que nos dicen nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros maestros, nuestros amigos, saber por qué lo dicen y hasta aceptar que tienen toda la razón, y aun así ignorarlos,

no hacerles caso, llevarles la contraria (tal vez por rebeldía, tal vez por convicción). Cuando lo hacemos nos negamos la posibilidad de aprovechar su experiencia de años y años de vida en beneficio de nuestra propia existencia.

Por algo dicen que “el que no escucha consejo no llega a viejo”. Aunque nuestro propio criterio es lo más importante, saber escuchar, tener los oídos abiertos y la atención despierta nos puede servir mucho para ser mejores seres humanos, cometer menos errores y disfrutar más la vida.

► Vamos a leer

Hoy traemos un cuento anónimo de la tradición árabe que nos invita a reflexionar sobre la importancia de escuchar atentamente los consejos que nos dan los otros.

Antes de leerlo te invitamos a escribir algunos refranes que conozcas y a pedirles a tus mayores que te digan algunos que ellos se sepan. Luego conversen sobre cuál es la enseñanza que nos deja cada uno, cuál es la sabiduría que esconden. Hechas estas reflexiones, te invitamos a leer “El rey, el cirujano y el sufí”.

El rey, el cirujano y el sufí

Cuento tradicional árabe

En la antigüedad, un rey de Tartaria¹ estaba paseando con algunos de sus nobles. Al lado del camino se encontraba un sufí errante (un místico del islam), quien exclamó:

—Le daré un buen consejo a quienquiera que me pague cien dinares².

El rey se detuvo y dijo:

—Sufí, ¿cuál es ese buen consejo que me darás a cambio de cien dinares?

¹ Tartaria es el nombre que daban antiguamente en Europa a un extenso territorio de Asia Central habitado principalmente por tribus turcas y mongolas.

² Antigua moneda de oro de los países árabes. De “dinar” viene la palabra “dinero”. Hoy en día se llaman “dinar” las monedas de varios países como Irak, Kuwait, Siria y Argelia, entre otros.

—Señor —respondió el sufí—, ordena que se me entregue dicha suma y te daré el consejo inmediatamente.

El rey así lo hizo, esperando escuchar algo extraordinario.

El sufí le dijo:

—Este es mi consejo: nunca comiences nada sin que antes hayas reflexionado cuál será el final de ello.

Ante estas palabras, los nobles y todos los presentes estallaron en carcajadas, diciendo que el sufí errante había sido listo al pedir el dinero por adelantado. Pero el rey dijo:

—No tienen motivo para reírse del buen consejo que este sufí me ha dado. Nadie ignora que deberíamos reflexionar antes de hacer cualquier cosa. Sin embargo, diariamente somos culpables de no recordarlo y las consecuencias son nefastas. Aprecio mucho este consejo del místico.

Así, el rey decidió recordar siempre el consejo y ordenó que fuese escrito en las paredes con letras de oro e incluso grabado en su vajilla de plata.

Poco después, un intrigante concibió la idea de matar al rey. Sobornó al cirujano real con la promesa de nombrarlo primer ministro si clavaba una lanceta envenenada en el brazo del rey. Cuando llegó el momento de extraer sangre al rey, se colocó una vasija para recogerla. De repente, el cirujano vio las palabras grabadas allí: “Nunca comiences nada sin que antes hayas reflexionado cuál será el final de ello”. Fue entonces cuando se dio cuenta de que si el intrigante se convertía en rey, lo primero que haría sería ejecutarlo, y así no necesitaría cumplir su compromiso. El rey, viendo que el cirujano estaba temblando, le preguntó qué le ocurría y este le confesó la verdad inmediatamente.

El autor de la intriga fue capturado; el rey reunió a todas las personas que habían estado presentes cuando el sufí le dio el consejo y les dijo:

—¿Todavía se ríen del místico?

► Actividades

1. ¿Qué piensas del consejo del sufí: “Nunca comiences nada sin que antes hayas reflexionado cuál será el final de ello”? Escribe algún episodio de tu vida que tenga alguna relación con este consejo.
2. ¿Cuál es el mejor consejo que alguna vez te han dado en la vida y que has puesto en práctica? Compártelo con tu maestro, tus compañeros o tu familia.
3. Los refranes son una de las formas en que se han ido transmitiendo sabiduría y consejos de generación en generación. Haz una lista de refranes que conozcas y complementala con algunos que se sepan tus padres, abuelos o maestro. Intenta decir, en tus propias palabras, qué significa cada uno de estos refranes.
4. Escribe un texto donde expliques cuándo consideras que debes escuchar y acatar los consejos de las otras personas y cuándo no.

Cultivar el cuerpo



Dicen que un sabio dijo...

"La falta de actividad destruye la buena condición de todo ser humano, mientras que el movimiento y el ejercicio físico lo conservan".

Platón

Cultiva tu cuerpo y cosecharás bienestar

No todos tenemos claras las diferencias que hay entre la actividad física y el ejercicio o el deporte. La actividad física es cualquier movimiento del cuerpo que implique gasto de energía; el ejercicio y el deporte son formas especializadas de la actividad física. La actividad física nos ayuda a mantenernos saludables mientras gastamos energía al movernos, lo cual permite que los órganos de nuestro cuerpo estén funcionando adecuadamente.

El ejercicio, por su parte, se describe como un movimiento definido y planeado con el objetivo de mejorar y mantener uno o más aspectos del estado físico. Por ejemplo, los ejercicios que se hacen para aumentar la fuerza, la resistencia o la velocidad.

En las veredas de Colombia miles de niños, niñas y jóvenes llegan a su escuela en bicicleta o caminando tras horas de recorrido. Muchos de los estudiantes rurales colombianos han hecho de su cuerpo el vehículo que los lleva diariamente ya sea a la escuela o a cumplir otras tareas de la vida cotidiana.

Casi sin darse cuenta, buena parte de los jóvenes y niños del campo van desarrollando, día tras día, una gran capacidad física y un estado de salud envidiable, que los acompañará durante gran parte de su vida, siempre y cuando se mantengan en movimiento. La vitalidad y la energía están presentes en esos cuerpos ágiles que se apoyan en la disciplina diaria que implica la vida en el campo.

Las personas que se dedican al cultivo de la tierra y a las labores del campo resultan, de una manera poética, siendo cultivadas por el campo. Su constante actividad física beneficia su cuerpo y los hace fuertes, resistentes y saludables.

El tener unos hábitos en los cuales la actividad física es constante y continua es un buen punto de partida para tener un excelente desempeño como deportista.

Un ejemplo muy conocido es el de Nairo Quintana. Él, para ir a la escuela rural en Arcabuco, bajaba en su bicicleta 17 kilómetros todos los días. Hasta acá parece sencillo, pero la otra mitad de la historia es el regreso de la escuela a la casa: los mismos 17 kilómetros, esta vez subiendo la fuerte pendiente. Este fue el bello comienzo de su carrera, que lo llevó a convertirse en uno de los más grandes ciclistas del mundo.

Para convertirse en un ciclista como Nairo o en un gran futbolista como Pelé, el cultivo del cuerpo es fundamental. Sin embargo, cualquier persona puede lograr una vida plena haciendo de la actividad física parte importante de su cotidianidad, y no solo alcanzará un buen estado físico, también una buena condición mental, pues la mente y el cuerpo están estrechamente relacionados. Esta es la cosecha que obtenemos cuando cultivamos el cuerpo: una cosecha que nos ayuda a estar bien, que nos permite alcanzar el bienestar.

► **Vamos a leer**

Hoy te proponemos la lectura de dos textos de Eduardo Galeano sobre Edson Arantes do Nascimento, conocido en el mundo como Pelé, el jugador más importante de la historia del fútbol. Pelé fue un gran atleta y un artista del cuerpo, cuya gracia para moverse y manejar el balón será difícil de igualar. Eduardo Galeano (1940-2015) fue un escritor uruguayo que, entre muchas otras cosas, escribió el libro *Fútbol a sol y sombra*, donde hace un homenaje a este deporte, una de sus grandes pasiones.

Después de leer los textos, busca algunos amigos y jueguen un partido de fútbol. Imaginen que están en un gran estadio y que cada gol es ovacionado por una multitud.

Pelé

Eduardo Galeano

Cien canciones lo nombran. A los diecisiete años fue campeón del mundo y rey del fútbol. No había cumplido veinte cuando el Gobierno de Brasil lo declaró tesoro nacional y prohibió su exportación.

Ganó tres campeonatos mundiales con la Selección brasileña y dos con el club Santos. Después de su gol número mil, siguió sumando. Jugó más de mil trescientos partidos, en ochenta países, un partido tras otro a ritmo de paliza, y convirtió casi mil trescientos goles.

Una vez, detuvo una guerra: Nigeria y Biafra hicieron una tregua para verlo jugar. Verlo jugar bien valía una tregua y mucho más. Cuando Pelé iba a la carrera, pasaba a través de los rivales, como un cuchillo. Cuando se detenía, los rivales se perdían en los laberintos que sus piernas dibujaban. Cuando saltaba, subía en el aire como si el aire fuera una escalera.

Cuando ejecutaba un tiro libre, los rivales que formaban la barrera querían ponerse al revés, de cara a la meta, para no perderse el golazo. Había nacido en casa pobre, en un pueblito remoto, y llegó a las cumbres del poder y la fortuna, donde los negros tienen prohibida la entrada. Fuera de las canchas, nunca regaló un minuto de su tiempo y jamás una moneda se le cayó del bolsillo. Pero quienes tuvimos la suerte de verlo jugar, hemos recibido ofrendas de rara belleza: momentos esos tan dignos de inmortalidad que nos permiten creer que la inmortalidad existe.



Gol de Pelé

Eduardo Galeano

Fue en 1969. El club Santos jugaba contra el Vasco da Gama en el Estadio de Maracaná.

Pelé atravesó la cancha en ráfaga, esquivando a los rivales en el aire sin tocar el suelo, y cuando ya se metía en el arco con pelota y todo, fue derribado.

El árbitro pitó penal. Pelé no quiso tirarlo. Cien mil personas lo obligaron, gritando su nombre.

Pelé había hecho muchos goles en Maracaná. Goles prodigiosos, como aquel de 1961, contra el club Fluminense, cuando había gambeteado a siete jugadores y al arquero también. Pero este penal era diferente: la gente sintió que algo tenía de sagrado. Y por eso hizo silencio el pueblo más bullanguero del mundo.

El clamor de la multitud calló de pronto, como obedeciendo una orden: nadie hablaba, nadie respiraba, nadie estaba allí. Súbitamente en las tribunas no hubo nadie, y en la cancha tampoco. Pelé y el arquero, Andrada, estaban solos. A solas, esperaban. Pelé, parado junto a la pelota en el punto blanco del penal. Doce pasos más allá, Andrada, encogido, al acecho entre los palos.

El guardameta alcanzó a rozarla, pero Pelé clavó la pelota en la red. Era su gol número mil. Ningún otro jugador había hecho mil goles en la historia del fútbol profesional.

Entonces la multitud volvió a existir, y saltó como un niño loco de alegría, iluminando la noche.

► Actividades

1. Escribe un texto corto donde expliques por qué crees que es importante realizar actividad física o deporte y mantenerse en forma.
2. Busca una foto de tu más grande ídolo deportivo y dibuja un retrato suyo. Coloréalo y alrededor de su rostro escribe cuáles son sus principales cualidades. Por detrás de la hoja puedes escribir un poco de su historia deportiva: de qué equipos ha formado parte, cuántos años lleva practicando su deporte, cuáles han sido sus principales logros y todo lo que se te ocurra.
3. Existen algunas prácticas, como el yoga o los pilates, que ayudan a que el cuerpo conserve su elasticidad y su fuerza. Investiga a un poco sobre ellas y sus beneficios o sobre alguna práctica similar. Tal vez te animes a aprender alguna.
4. Escribe una crónica donde relates algún partido, carrera o enfrentamiento que te haya parecido particularmente emocionante de tu deporte o deportista favorito. Al escribirla, intenta dejar constancia de tus pensamientos y emociones para que quien la lea experimente sensaciones similares a las que tú sentiste. Cuando la termines, compártela con tu familia o con alguien que haya sido testigo de esa gesta deportiva.

La **crónica** es un género que busca relatar algún acontecimiento sucedido en la realidad. Generalmente lo hace respetando el orden temporal de los hechos y con frecuencia se pueden leer claramente los pensamientos y emociones que experimentó el escritor al ser testigo de los sucesos.



Divertirse



Dicen que un sabio dijo...

"Quien un día se olvida de lo bien que lo ha pasado se ha hecho viejo ese mismo día".

Epicuro de Samos

La diversión es salud

Divertirse es un asunto bastante serio, tanto es así que está relacionado estrechamente con nuestra salud física y mental. A muchas personas se les olvida lo importante que es divertirse, y solo piensan en el trabajo, en el estudio, en los problemas y preocupaciones. Esto es peligroso porque puede aumentar el estrés, la ansiedad y desembocar en complicaciones del sistema circulatorio y del sistema digestivo, o generar estados de depresión.

¿Pero qué es la diversión? Lo mejor de la diversión es que para todos puede ser distinta. Algunos se divierten haciendo alguna actividad solitaria, como sentarse en una banca, en el parque principal del pueblo, y resolver un crucigrama bajo el cálido Sol de un domingo; leer o escribir por horas y dejar que la imaginación vuele hacia los confines más lejanos del universo; tumbarse al lado de una quebrada o un río y pescar o bañarse, o simplemente contemplar el paisaje, con tranquilidad, escuchando los sonidos de la Naturaleza.

Para otros, la diversión es un acto compartido: hay quienes gozan viendo partidos de fútbol: se sienten hermanos de una multitud que comparte su misma pasión; otros prefieren pasar toda una tarde tejiendo y conversando sobre esta vida y la otra para al final tener algo lindo hecho por las propias manos; algunos son más dados a oír música o bailar, o a salir a montar en bicicleta con un grupo de amigos, y se recargan de alegría, paisaje y fortaleza; asimismo, hay a quienes les gusta sentarse en el corredor de la casa a conversar con libertad, sin importar si se cuentan historias de terror, de amor, o simplemente se echan chistes y chanzas.

También puede ser que nos gusten todas las actividades mencionadas, porque la diversión consiste precisamente en el cambio de rutina, en olvidarnos un poco de los temas serios de nuestras vidas y abrirles el espacio a la risa, a la reflexión, a la contemplación de la Naturaleza, al disfrute de la vida. La diversión es buena para nuestra mente, pues nos ayuda a mantener la claridad necesaria para afrontar el día a día, nos libera del estrés, nos recarga de energía, nos acerca a las demás personas y mejora nuestras relaciones sociales. Por eso, no te olvides de pasar bueno, porque divertirse y pasar bueno es salud para tu cuerpo, para tu mente, para tu espíritu y para todos los que te rodean.

► Vamos a leer

Raquel Míguez es autora de “¿Dónde está mi voz?”, el cuento que compartimos a continuación. En él nos llama la atención sobre lo importante que es la diversión y la interacción con los otros para la vida de cualquier persona, especialmente para un niño.

Raquel dice lo siguiente, hablando sobre sí misma: “Nací en Galicia un día de enero. Nada más nacer se me enfriaron los pies, empecé a tiritar y ya seguí tiritando para siempre. A lo mejor exagero un poco. Lo de exagerar es porque soy escritora. Ser escritora es como tener los ojos verdes o los pies pequeños. Quiero decir que no lo puedes evitar”. Míguez ha trabajado como profesora de escritura y como correctora, y ha escrito novelas infantiles como *Awoki* y *los piratas en playa Escondida*, considerado uno de los mejores libros en la Feria del Libro de Madrid 2018.

Antes de leer el cuento de esta guía te invitamos a jugar “piedra, papel o tijera” con alguien de tu familia. Luego busca el lugar de tu casa donde te sientas más feliz y lee en voz alta “¿Dónde está mi voz?”.



¿Dónde está mi voz?

Raquel Míguez

Una mañana perdí la voz.

Como pasaba el tiempo y no aparecía, mis padres decidieron llevarme a un especialista en objetos perdidos.

El hombre nos recibió en su despacho, una habitación atiborrada de cosas. Tantas, que tuvimos que abrirnos paso apartando a manotazos timbres de bicicleta, muñecas de goma, libros de bolsillo, paraguas, sombreros, y todo lo que se pueda imaginar.

—Perdonen el desorden —se disculpó el señor Encuentro—, estamos en la jungla de los objetos perdidos. Aquí las cosas no hacen más que crecer, sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Escuchen, escuchen los sonidos de la jungla...

Papá, mamá y yo prestamos atención. Era cierto: en aquel cuarto no dejaban de escucharse los crujidos de las cosas.

El hombre apartó un libro de su silla y tres paraguas de la mesa, antes de sentarse.

—Acércate, jovencito —me pidió—. Sin miedo, las cosas no te harán nada si no las molestas.

Las cosas no me daban miedo, pero no quería pisarlas y el suelo estaba lleno de trastos. Cuando conseguí llegar hasta el señor Encuentro, me dijo que abriera la boca y me afinó las cuerdas vocales. Después de interpretar todas las notas, del do al si, dijo:



—Hum, no sé... Las cuerdas ya están afinadas y, sin embargo, la voz sigue sin aparecer.

Entonces me hizo un montón de preguntas y yo tuve que anotar las respuestas en una pizarra.

—¿Cuánto tiempo hace que no hablas?, ¿un día?, ¿una semana?, ¿un mes? ¿Recuerdas lo último que dijiste? ¿Sentiste cómo se te escapaba la voz? ¿La viste marchar? ¿Se te perdió sin darte cuenta?

Le dije que hacía un mes que no hablaba, que lo último que dije fue “hasta luego”, y que la voz se me perdió sin darme cuenta.

A continuación, preguntó a mis padres:

—¿Tiempo que dedica el niño a jugar en el parque? ¿Amigos que hablen por los codos?

Le dijeron que yo no juego casi nunca en el parque y que mi único amigo se cambió de colegio el año pasado.

El señor Encuentro escribió en su libreta las respuestas, y luego siguió escribiendo hasta que se le acabó la tinta del boli.

—Esto es lo que tienen que hacer —dijo, mientras arrancaba la hoja y se la entregaba a mis padres.

Se sacudió un oso de peluche del hombro, se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el borde.

—Mi diagnóstico —dijo— es “pérdida por descuido”. La receta para recuperar la voz, o para hacerse con una nueva, es hablar. El niño no habla porque no tiene nada que decir. Y no tiene nada que decir porque no le pasa nada interesante. Tiene que jugar con otros niños, así que le he recetado eso: amigos.

Papá se pasó la mano por la nuca y mamá apretó las asas de su bolso. El hombre continuó:

—El problema es que en objetos perdidos no tenemos amigos, no en este momento. Y como el niño ya lleva un tiempo sin voz, es aconsejable que se tomen medidas inmediatamente. Lleven a su hijo a los sitios en donde se dan las mejores cosechas de amigos: el patio del colegio, el equipo de fútbol, el parque...

Papá tartamudeó:

—Pero eso le hará perder tiempo. Por las tardes hace cálculo mental y lee el periódico, para saber si la bolsa sube o baja. Mi hijo es tan inteligente... Sería una lástima que desperdiciase su talento jugando, con un futuro tan brillante...

El señor Encuentro me miró por encima de sus gafas y luego les miró a ellos:

—El futuro no es brillante, señores míos, el futuro es gris como el humo —dijo—. Vaya usted a saber dónde está el futuro. Y por el tiempo que pierda mientras juega, no se preocupe. Siempre se recupera.

Al día siguiente, mis padres fueron a hablar con mi profesora. Le contaron lo que les había dicho el señor Encuentro sobre mi problema y su tratamiento.

—Ajá —exclamó ella—. Llegan en el momento justo para empezar una cura: vamos a montar un grupo de teatro. Tendrá que ensayar los jueves por la tarde.

Papá se pasó otra vez la mano por la nuca y mamá retorció las asas de su bolso.

—Como de momento no habla —continuó la profe—, que haga de nube. Pasado mañana es jueves. Que se presente en el ensayo a las seis en punto.

Volví a casa pensando que no quería hacer nada en la obra de teatro. Y menos que nada, hacer de nube. Prefería mil veces estar solo en mi cuarto haciendo sudokus. O ir a refuerzo en cálculo mental.



El jueves siguiente llegué tarde al ensayo. Pensé que nadie echaría de menos a una nube y me entretuve observando a una lagartija, pero...

—No te vuelvas a retrasar —se quejó Olga, la directora—. Hasta que no pasas tú, no llueve. Y hasta que no llueve, no salen Lucía y Mónica, que hacen de margaritas. Y luego pasas otra vez, y salen Víctor y Dani, que hacen de abejas.

Me temblaron las piernas todo el rato, de los nervios, cada vez que me tocó atravesar el escenario. Al terminar el ensayo estaba tan cansado como si hubiera corrido una hora sin parar, pero todavía no me pude ir a casa: tuvimos que recortar mi disfraz de nube y ayudé a dibujar las alas de las abejas.

Cada jueves, después de ensayar, siempre había cosas que hacer: pegar unas asas de tela a la nube; coser un botón en el traje de las margaritas; dibujar las rayas de las abejas...

Yo seguía sin voz, pero me gustaban los jueves por la tarde: ensayar era cada día más divertido y, sin querer, me había aprendido casi toda la obra de memoria.

Pasó el segundo trimestre, llegó el tercero y después el fin de curso.

El día de la representación subí al escenario y me coloqué en mi sitio. Los espectadores se callaron cuando se abrió el telón, y Olga empezó a leer:

—Era un tiempo sin nubes, ni flores, ni abejas... Los hombres habían destruido la tierra...

Yo era el único que estaba en el escenario. Las margaritas, escondidas detrás de las cortinas, esperaron a que yo lo atravesara para aparecer.

—Una nube, una sola nube —continuó Olga—, cargada de agua, cruzó el cielo dos veces...

Lucía y Mónica, con los brazos hacia el techo, hacían como si las moviese el viento... Mónica estaba al fondo del escenario y Lucía, cerca de mí.

Pasó un minuto y luego otro y Lucía no decía su frase. Estaba tan colorada que parecía un tomate, en vez de una margarita.

Busqué a Olga con la mirada, pero estaba en el otro extremo. Demasiado lejos para ayudar a Lucía. El único que estaba lo suficientemente cerca era yo.

Me sabía su frase, me había aprendido de memoria todas las frases de mis amigos. Respiré profundo, tragué saliva y la miré:

—Oh, nube gris —le soplé—, gracias por la lluvia.

Lucía me miró. Ahora ya no estaba roja, sino blanca como si se fuese a desmayar, pero repitió su frase. A partir de ese momento, todo fue sobre ruedas.

Nos aplaudieron muchísimo. Hicimos varias reverencias y luego mis amigos me abrazaron por turnos. Papá y mamá aparecieron entre las cortinas, emocionados. Querían escucharme hablar.

Yo quise asegurarme de que mi voz seguía en su sitio:

—Hola, hola: un, dos, tres... Probando... —repetí varias veces—. Probando, probando, uno, uno-dos...

Y después pronuncié todas las palabras que recordaba. Y conversé con todas las personas que me encontré. Y les expliqué a mis amigos dónde vivo, para que vengan a mi cumpleaños. Y me pedí ser portero en el próximo partido de fútbol del recreo.

Y mis padres se compraron tapones para los oídos, porque hablé dos días y quince horas sin parar.

► Actividades

1. ¿Por qué crees que al niño del cuento se le fue la voz? ¿Alguna vez has sentido algo similar? ¿Qué crees que habrían hecho tú y tus padres si de pronto dejaras de hablar?
2. ¿Qué es lo que más te gusta hacer para divertirte? Escribe un texto donde cuentes qué es lo que más te gusta hacer, por qué te gusta y con quién prefieres compartir esos momentos. Escribe también qué es lo que más le gusta hacer para divertirse a cada una de las personas que viven contigo en tu casa.
3. Escribe un final diferente para este cuento.

Trabajar el campo



Dicen que un sabio dijo...

"El que la tierra trabaja no come paja".

Proverbio popular

Campo, cultivo y cultura

Antes de que hubiera historia, la humanidad comenzó a tejer una relación con la tierra que lo cambiaría todo: se dio cuenta de que las semillas de las plantas podían sembrarse para establecer cultivos y cosechar sus frutos. Así nació la agricultura. Y esta agricultura les permitió a los seres humanos dejar de caminar errantes por los bosques y sabanas buscando frutas. Ahora podían quedarse en un solo lugar, sembrar diferentes plantas y abastecerse de alimentos para pasar sin hambre todas las estaciones del año.

El término “cultura” nos habla de un conocimiento que pasa de generación en generación. La agricultura también es un conocimiento que hemos heredado de nuestros ancestros y que constituye la base de nuestro sustento como especie.

Todos los trabajos son dignos, pero el trabajo del campo tiene algo que lo hace especial, pues todos necesitamos de sus productos, tanto en las veredas como en los pueblos y grandes ciudades. Sin el trabajo del campesino nadie podría alimentarse y ninguno de los otros productos que como humanidad fabricamos podría ser elaborado. En un sentido más espiritual, quienes cultivan la tierra entran en una relación estrecha con la tierra misma y con los demás elementos de la Naturaleza: los fenómenos climáticos, las diferencias entre suelos, la fauna y la flora que habitan los lugares e, incluso, los fenómenos celestes como los cambios en el Sol a lo largo del año y las fases de la Luna. El agricultor, cuando siembra, cuida y cosecha los alimentos, se vuelve uno con la Naturaleza, la entiende, la respeta y se ciñe a sus ciclos. La sabiduría habita en los corazones de las personas que trabajan en el campo, en su profundo conocimiento de las leyes que rigen el mundo.

Cuando miramos los campos cultivados por las personas para extraer los alimentos, podemos ver que parecen una colcha de retazos. El trabajo de muchas manos, en muchos momentos diferentes, se va uniendo. Retazos de varios verdes. Retazos de varias tierras. Retazos del trabajo de muchos para el beneficio de todos.

► Vamos a leer

Hoy compartimos el texto “Como los campos”, de Marina Colasanti, escritora nacida en Eritrea y que vive en Brasil desde hace más de 70 años. Este texto nos invita a reflexionar sobre la relación que establecemos con la tierra y la Naturaleza por medio del trabajo. Tú, que vives en el campo, siéntate a observar los frutos del trabajo de los agricultores, su forma de trabajar; calcula la energía que invierten, siente el esfuerzo que hacen, percibe su concentración, déjate embargar por el olor de la tierra y disfruta del siguiente texto.

Como los campos

Marina Colasanti

Se preparaban aquellos jóvenes estudiosos para la vida adulta, oyendo y siguiendo las enseñanzas de un sabio. No obstante, como el otoño se hacía cada vez más frío, fueron a visitarlo y preguntaron:

—Señor, ¿cómo debemos vestirnos?

—Vístanse como los campos —respondió el sabio.

Entonces los jóvenes subieron a una colina y durante días contemplaron los campos. Después fueron a la ciudad, donde compraron tejidos de muchos colores e hilos de muchas fibras. Cargando cestas repletas, visitaron otra vez al sabio.

Ante él abrieron los géneros de seda y las finas piezas de damasco, cortaron amplios cuadros de terciopelo a los que añadieron rectángulos de satín. Lentamente fueron recreando en las vestiduras los campos arados, el vivo verde de los campos en primavera, el colorido abanico

de la germinación. Y mezclaron hilos de oro al amarillo de los trigales, hilos de plata a la urdimbre de las lluvias, hasta llegar al blanco brillante de la nieve. Los suntuosos ropajes se extendían como mantos. El sabio nada dijo.

Solo uno, muy joven, no había hecho su vestido. Esperaba que el algodón estuviera en flor para recogerlo. Y cuando tuvo los copos, los hiló. Y cuando tuvo los hilos, los tejió. Y al fin vistió su ropa blanca y se fue a cultivar el campo.

Aró y plantó. Muchas, muchas veces se manchó de tierra. Y del sumo de las frutas y de la savia de las plantas. La ropa ya no era blanca, aunque la lavase en el arroyo. Plantó y cosechó. La ropa empezó a deshacerse en jirones. El jovencito unió las rasgaduras con hilos de lana, cosió remiendos donde la tela cedía. Y cuando vino la nieve, puso a su ropa gruesas mangas para darse calor.

Ahora la ropa del joven tenía tantos añadijos que nadie podía decir cómo había sido cuando nueva. Y estando al aire libre una mañana, con los pies bien asentados sobre la tierra para recibir la primavera, un pájaro lo confundió con el campo y vino a posarse en su hombro. Pico-teó levemente la tela, sacudió las plumas. Después levantó la cabeza y comenzó a cantar.

A lo lejos, el sabio, que todo lo veía, sonrió.

► Actividades

1. ¿Cómo te imaginas los vestidos que fabricaron los personajes de este cuento? Haz una ilustración en la que se aprecien las diferencias entre los vestidos.
2. Escribe un texto de mínimo tres párrafos en el que expreses tu opinión sobre los personajes de este cuento, sobre el mensaje que transmite la historia y qué relación encuentras con el texto inicial de esta guía “Campo, cultivo y cultura”.

3. Si algún día tu maestro te pidiera que “te vistas como los campos”, ¿cómo te vestirías? Escribe la respuesta en tu cuaderno y compártela con tus compañeros o tu familia.
4. Una colcha de retazos se fabrica con fragmentos y la palabra “texto” proviene del latín *textus*, que significa “tejido”. Hoy te invitamos a componer un cuento colectivo con tus compañeros o familiares, a crear un texto de retazos. Para hacerlo, alguno debe empezar escribiendo en una hoja una frase de inicio de uno o dos renglones. Luego pasa la hoja al siguiente, quien debe continuar la historia con su puño y letra. La hoja debe seguir circulando y cada uno le aportará algo al relato. Al final, lean la historia en voz alta y observen con atención los tipos de letras y los aportes que cada uno hizo.

En una casita en la montaña, en la vereda Río Limpio, vivía una familia que se dedicaba a cultivar plátano y yuca.

Un día, mientras desenterraban una yuca muy grande se encontraron una cajita de madera ahí enterrada.

Joaquín, el hijo menor, fue el primero en verla y llamó a sus hermanas para ver qué contenía aquella cajita misteriosa.

SE SENTARON A LA SOMBRA DE UNA DE LAS MATAS DE PLÁTANO, MIRÁNDOSE CON OJOS BRILLANTES, PENSANDO QUIZAS EN UN TESORO.

Matilde, por ser la mayor, decidió que ella abriera la caja. Cuando la abrió, cuál no sería su sorpresa al ver algo que nunca habían visto sus ojos. Algo que nunca habían visto los ojos de ninguno...

5. Busca en la biblioteca de tu casa o de tu escuela el libro *Lecturas fantásticas*, de Secretos para contar, y ve a la página 14. Allí encontrarás la obra de arte *Volando a la hora de dormir*, de Rob Gonsalves, donde las colchas de retazos se convierten en amplios campos. Si no lo tienes, puedes buscar esta obra en internet. Escribe un pequeño cuento que explique esta imagen.

Naturaleza y maravilla

Otras formas de leer

*Nuestra
vidA*

Tiene

Una

Relación

únicA

Ligada

Enteramente

a tu belleZa

Ancestral



Poesía de la Madre Tierra

La poesía es uno de los géneros literarios más antiguos de la humanidad y desde tiempos inmemoriales ha estado ligada a los cantos que de manera oral o escrita han enaltecido la belleza de la Naturaleza.

La mayoría de las grandes culturas antiguas, desde los griegos en Europa, los chinos en Asia y los aztecas en América, han legado a la humanidad bellos poemas que dan cuenta de hermosas imágenes que con palabras nos acercan desde la sensibilidad estética a los misterios de la Naturaleza, algo tan sublime e inexplicable que nunca deja de sorprendernos.

La poetisa griega Safo (650-580 a. C.) escribía:

*Alrededor de la hermosa Luna
los astros ocultan sus brillantes cuerpos,
cuando más que todos ella alumbra,
llena, sobre la Tierra oscura.*

El poeta chino Li Bai (701-762), en su poema “Ante el monte Ching-t’ing”, escribió:

*Pájaros que se pierden en la altura.
Pasa una nube, quieta, a la deriva.
Solos y frente a frente, el monte y yo
no nos hemos cansado de mirarnos.*

Y el poeta azteca Nezahualcóyotl (1402-1472) dice en uno de sus poemas:

*Por fin lo comprende mi corazón:
escucho un canto,
contemplo una flor:
¡ojalá no se marchiten!*

Podemos decir que existe una milenaria tradición de poemas y canciones que expresan una forma particular de ver a la Naturaleza como un todo al que pertenecemos. Los incas la llamaban Pacha Mama, que quiere decir Madre Tierra, y desde los mitos, las tradiciones y la arquitectura, esta cultura de la América del Sur reconoció que venimos de la tierra y a ella volvemos; por tanto, como una pequeña parte de ella, los humanos debemos respetarla, honrarla y cantarle con admiración y belleza.

A lo largo de los siglos y las tradiciones literarias, la poesía ha abordado multiplicidad de temas; sin embargo, la observación de la Naturaleza y las sensaciones que experimentan los humanos frente a sus grandes maravillas y prodigios han sido quizá las grandes fuentes de inspiración de los poetas de todas las culturas, que se fascinan ante los misterios que les plantea su contemplación. En el continente americano esta relación entre poesía y Naturaleza es muy estrecha y nos revela la exuberancia de nuestros paisajes, nuestra riqueza natural y la relación insoluble entre el ser humano y todo lo que lo rodea, entre la humanidad y la Madre Tierra.

► **Vamos a leer**

Es posible que ya conozcas a William Ospina por algunos de sus textos. Este escritor colombiano nacido en 1954 es poeta, novelista y ensayista, y ha ganado premios en estos tres géneros literarios, por lo cual es

considerado uno de los escritores más importantes de nuestro país. Hoy leeremos un poema que hace alusión a la cosmología de los sioux, una gran familia indígena norteamericana: apreciaremos la relación estrecha que existe entre la poesía y la Naturaleza.

Para leer “El jefe sioux” te recomendamos esperar al atardecer y sentarte en una silla en la que puedas contemplarlo por diez minutos. Luego lee el poema, suspira y continúa viendo el atardecer.

El jefe sioux

William Ospina

Los seres de la tierra son el aire y el mar y las llanuras incansables,
el río tumultuoso que desciende, lleno de ojos y aletas,
y las arduas montañas con cumbres coronadas de voces,
y ese enardecido señor de luz que murmura en la hoguera.

Hemos venido un día para verlos.

¿Cómo podría la chispa ser la dueña del fuego?

Un día para verlos...

Giro del aire verde en la arboleda,

bordes de cascabel del mar inmenso,

luz de atardecer en cada hierba, en las brillantes antenas de la hormiga,

agua incesante y viva cuyas escamas son fragmentos del cielo,

altos riscos con flores donde se rasgan los vientos violentos,

y en la noche, en el tronco que arde junto al mar, la cabellera de las chispas.

¿Cómo puede ser mía la llanura?

Ella es dueña de mi rumbo y mis huesos.

Ella es la realidad que permanece, y danzan en su pecho los alegres fantasmas.

Un día de altas magias para ver

las altas construcciones del viento,

los indecisos ciervos del cielo,

los bisontes que se deshacen en largos peces,

y el amor de ojos de vino temblando junto a los ríos más temibles,

y los íntimos bosques susurrantes de enigmas.

Ven, y humedece tus pupilas en este mar distante,
piensa en los rumbos de tu mente mirando la víbora sutil en la que
no hay nada maligno,
pide permiso al manantial para beber en sus aguas tranquilas,
y canta tu gratitud a solas, cuando cabalgues buscando las moras
silvestres.

Es de noche, encendamos fogatas en las cumbres,
pronto va a terminar este relámpago
y aún no han acabado de decirnos todos sus hondos recuerdos
la piedra y las estrellas.



► Actividades

1. Lee otra vez el poema anterior. Déjate atrapar por las palabras. Trata de imaginar lo que te dicen. Ahora, dibuja alguna imagen que haya venido a tu mente mientras leías. Lee nuevamente el poema. Si apareció otra imagen en tu mente, intenta dibujarla también. Dibuja todas las imágenes que quieras y debajo de ellas escribe el verso del poema que las inspiró.
2. Siéntate con calma a mirar el paisaje: las montañas, los árboles, las nubes, los animales. Escucha los sonidos que te rodean. Aguza tu nariz para descubrir olores y deja que tu piel sienta el viento y todo con lo que estás en contacto. Intenta pensar cuáles son los atributos o las características de los elementos naturales que hay a tu alrededor: ¿qué palabras te ayudarían a describirlos?, ¿cómo es el árbol, el pájaro o la nube?, ¿cómo el sonido de la quebrada o el roce del viento? Escribe un poema de alabanza a la Naturaleza en la que habitas.
3. Vamos a hacer un caligrama. Lo primero que debes hacer es pensar en algún elemento de la Naturaleza y hacerle una frase bonita. Luego, escribe esa frase, pero en vez de usar los renglones de un cuaderno, deja que las letras de tu frase vayan dibujando la forma del objeto que escogiste. Mira un ejemplo:

*Los árboles son
nuestros hermanos.
Generosos, amables
y silenciosos.*

*Los árboles son gigantes verdes y serenos
con la sabiduría del Sol
y las tormentas.
Nos dan sombra,
frutos y aire fresco.*



Un caligrama es un poema presentado de una forma gráfica. Es dibujar con palabras.

Mundo maravilloso



Dicen que un sabio dijo...

"Me gusta andar, pero no sigo el camino, pues lo seguro ya no tiene misterio".

Facundo Cabral

Asombro sin fin

El mundo es un lugar lleno de maravillas y misterios. Cuando somos muy pequeños nos asombramos con todo lo que encontramos en nuestro camino, sea un animal, una planta, un sonido o un color. Algo que no conocíamos se pone delante de nosotros y sacude nuestras almas y nuestra curiosidad.

A medida que nos hacemos mayores, esa sensación de asombro se puede volver más escasa porque ya conocemos lo que nos topamos en nuestro día a día. Pero esto no quiere decir que lo sepamos todo. Basta mirar el cielo nocturno e imaginar que esos pequeños puntos de luz blanca o azul son estrellas que están a unas distancias que nuestra mente apenas alcanza a concebir. ¿Existirán planetas similares al nuestro alrededor de esas estrellas?, ¿se habrá desarrollado vida en alguno de ellos?, ¿acaso no podría haber alguien en este mismo instante, en otro mundo, mirando el cielo y preguntándose si hay vida en otros planetas?

Durante mucho tiempo, las estrellas no fueron más que puntitos en el cielo, pero los telescopios y los viajes espaciales nos abrieron la perspectiva y nos invitaron a maravillarnos ante la inmensidad y majestad del universo. La Tierra es una pequeña mota de polvo flotando en el universo. Y si en la Tierra hay tantas maravillas, ¿qué no habrá más allá de las estrellas?

Cada día la ciencia nos ayuda a abrir los ojos y comprender mejor la naturaleza de la realidad: las relaciones entre los diferentes seres, las interacciones de los elementos que componen la materia, los mundos

microscópicos e infinitamente pequeños. También comienza, poco a poco, a penetrar en el funcionamiento de la mente humana, y nos dice que nuestro cerebro posee unos mecanismos tan complejos y difíciles de descifrar que nos tardaremos mucho en lograr comprenderlos. Y que definitivamente nuestras capacidades son mucho más grandes de lo que pensamos. ¿Será que podemos comunicarnos mentalmente con otras personas? ¿Será que podemos ser tan veloces como una computadora para hacer cálculos? ¿Será que nuestra memoria puede llegar a ser casi infinita? ¿En algún momento seremos capaces de mover cosas con nuestra mente, teletransportarnos o volar con nuestro pensamiento?

Tal vez algún día aprendamos a utilizar mejor nuestro cerebro y la humanidad pase a un nivel superior de desarrollo físico, mental y espiritual. Todo puede ser posible en un mundo maravilloso donde la realidad constantemente cambia y lo que antes se creía imposible ahora es pan de cada día.

Mientras tanto, es indispensable mantener todos los sentidos alerta, porque solo así podremos apreciar los misterios que se esconden en el mundo. Maravillas y misterios que pueden ser más cotidianos, pero igualmente asombrosos, como los de un atardecer de muchos colores o un arcoíris que se forma en una cascada, o pueden ser complejos como los límites de la mente o el tamaño del espacio y el tiempo.

► **Vamos a leer**

Hoy compartimos el cuento “Levitación”, de Joseph Payne Brennan (1918-1990), un relato fantástico donde lo inexplicable hace presencia y se convierte en el espectáculo principal de un circo. El autor es reconocido por escribir ficción de fantasía y terror, y publicó más de 400 cuentos.

Antes de leer este, te invitamos a acostarte en el suelo y a relajarte profundamente. Respira varias veces y siente que con cada respiración tu cuerpo se relaja un poco más. Cuando sientas que estás tan relajado que podrías empezar a volar en cualquier momento, abre los ojos, toma el libro y lee “Levitación”.

Levitación

Joseph Payne Brennan

El Circo Ambulante Morgan llegó a Riverville para dar una función de noche, y plantó sus tiendas en el parque situado en uno de los extremos del pueblo. Era un cálido atardecer de inicios de octubre, y a eso de las siete una gran multitud se había congregado ante la barraca principal del circo, dispuesta a divertirse.

El espectáculo viajero no era nada del otro mundo en cuanto a presentación y calidad, pero su aparición fue saludada con alborozo en Riverville, una aislada comunidad montaraz que no contaba con cinematógrafos, ni teatros, ni campos de deporte, como los que existen en las grandes ciudades.

Los habitantes de Riverville no eran exigentes en sus diversiones; en consecuencia, la inevitable Mujer Gorda, el Hombre Tatuado y el Muchacho Mono les hicieron pasar un buen rato. Mientras contemplaban el espectáculo, masticaban maní y crispetas, bebían vaso tras vaso de limonada y mantenían ocupados sus dedos con los coloreados papeles que envolvían los caramelos.

Todo el mundo se hallaba en un relajado y tolerante estado de ánimo cuando el locutor empezó a anunciar la actuación del Hipnotizador. El locutor, un hombre pequeñito y rechoncho que vestía una chaqueta a cuadros, aullaba a través de un improvisado megáfono, mientras el Hipnotizador permanecía en último plano sobre la plataforma de madera levantada delante del barracón, con aire indiferente y burlón, sin dignarse mirar a la multitud de espectadores.

Al final, sin embargo, cuando unas cincuenta almas se habían reunido ante la plataforma, el Hipnotizador avanzó hasta quedar a plena luz. Un murmullo se elevó de la multitud.

Iluminado por la lámpara suspendida sobre su cabeza, el Hipnotizador ofrecía un aspecto impresionante. Era un hombre alto, delgadísimo, con una piel sorprendentemente pálida. Pero lo que más llamaba la atención en él eran sus ojos oscuros hundidos en las cuencas, enormes

y brillantes. El usado traje negro que vestía, y la corbata de lazo, también negra, que llevaba anudada al cuello, acababan de conferirle un aire malévol.

Contempló a la multitud fríamente, con una expresión a la vez resignada y desafiante.

Todos oyeron su voz sonora.

—Para mi experimento, necesito un voluntario —dijo—. Si alguno de ustedes es tan amable como para subir a la plataforma...

Todo el mundo miró a su alrededor o dio con el codo a su vecino, pero nadie se movió.

El Hipnotizador se encogió de hombros.

—No puedo trabajar a menos que uno de ustedes se preste al experimento. Les aseguro, damas y caballeros, que la demostración es completamente inofensiva y no representa el menor peligro.

Miró a su alrededor con aire expectante, y de pronto un joven empezó a abrirse paso entre la multitud y avanzó hacia la plataforma.

El Hipnotizador lo ayudó a subir los escalones de madera y lo invitó a sentarse en una silla.

—Relájese —dijo el Hipnotizador—. Ahora va usted a dormirse. Y hará exactamente lo que yo le ordene.

El joven se movió en la silla, al tiempo que dirigía una burlesca mueca a la multitud.

El Hipnotizador reclamó su atención, fijando en él sus enormes ojos, y el joven dejó de moverse.

Súbitamente, uno de los espectadores lanzó una bolsita de crispetas hacia la plataforma. La bolsita describió un arco y fue a aterrizar exactamente en la cabeza del joven sentado en la silla.

El impacto aturdió al joven, que estuvo a punto de caer de la silla, y la multitud, callada un momento antes, estalló en ruidosas carcajadas.

—¿Quién ha sido el gracioso? —preguntó en tono irritado el Hipnotizador. Estaba furioso. Su pálida tez enrojeció y parecía a punto de estallar de rabia al enfrentarse con los espectadores.

La multitud guardó silencio.

El Hipnotizador continuó mirándolos fijamente. Al final, el color abandonó su rostro y dejó de temblar, pero sus brillantes ojos mantenían una expresión amenazadora.

Al cabo de unos segundos se volvió hacia el joven sentado en la silla, lo despidió dándole las gracias por su colaboración y se encaró de nuevo con la multitud.

—Debido a la interrupción —anunció en voz baja— será necesario volver a empezar la demostración... con un nuevo sujeto. Tal vez a la persona que lanzó la bolsita no le importaría subir a la plataforma.

Una docena de espectadores se volvieron a mirar a alguien que permanecía medio escondido detrás de la multitud.

El Hipnotizador clavó en él sus oscuros ojos, y al hablar su tono era francamente burlón.

—Quizá —dijo— la persona que interrumpió el espectáculo tiene miedo de subir. ¡Prefiere esconderse detrás de la gente y lanzar bolsitas de crispetas!

El culpable profirió una exclamación y luego avanzó con aire beligerante hacia la plataforma. Su aspecto no tenía nada de notable; en realidad, tenía un vago parecido con el joven que había subido anteriormente, y cualquier observador casual los hubiera catalogado a los dos como típicos campesinos.

El segundo joven subió a la plataforma y se sentó en la silla con un visible aire de reto, y por espacio de unos minutos se hizo evidente que

se negaba a relajarse, tal como le sugería el Hipnotizador. De pronto, sin embargo, su agresividad desapareció y se quedó mirando obedientemente los imperiosos ojos situados delante de los suyos.

Al cabo de unos instantes se puso en pie, obedeciendo la orden del Hipnotizador, y se tendió de espaldas sobre el entarimado de la plataforma. Los espectadores se quedaron boquiabiertos.

—Ahora va usted a dormirse —le dijo el Hipnotizador—. Va usted a dormirse. Va usted a dormirse. Va usted a dormirse y hará todo lo que yo le ordene. Todo lo que yo le ordene. Todo...

Su voz se convirtió en una especie de zumbido, repitiendo incansablemente las mismas frases, y la multitud cayó en un religioso silencio.

De repente, en la voz del Hipnotizador apareció una nota completamente nueva, y el auditorio contuvo la respiración.

—Ahora, va usted a alzarse sobre la plataforma —ordenó el Hipnotizador—. ¡Álcese sobre la plataforma!

Sus oscuros ojos brillaban con extraña intensidad, y la multitud se estremeció.

—¡Álcese! ¡Arriba!

El suspiro colectivo de la multitud fue perfectamente audible.

El joven tendido en la plataforma, completamente rígido, sin mover un músculo, empezó a ascender. Subía con lentitud, casi imperceptiblemente al principio, pero su ascensión no tardó en hacerse más rápida.

—¡Arriba! —ordenó la voz del Hipnotizador.

El joven continuó ascendiendo, hasta quedar a un metro por encima de la plataforma. Y siguió ascendiendo...

Los espectadores estaban convencidos de que existía algún truco, y a pesar de ello contemplaban la ascensión del joven con la boca abierta.



El joven parecía estar suspendido y moverse en el aire sin ninguna clase de apoyo físico.

Repentinamente, la atención de la multitud se vio distraída por otro suceso: el Hipnotizador se llevó una mano al pecho, dio un traspié y se derrumbó sobre la plataforma.

Se oyeron gritos reclamando la presencia de un médico. El locutor de la chaqueta a cuadros subió rápidamente a la plataforma y se inclinó sobre la inmóvil figura.

Le tomó el pulso, sacudió la cabeza y frunció el ceño. Alguien le ofreció una botella de *whisky*, pero el locutor se limitó a encogerse de hombros.

De pronto, una mujer lanzó un grito.

Todo el mundo se volvió a mirarla, y un segundo después todos los ojos se fijaron en un mismo punto.

El grito de horror fue unánime: el joven a quien el Hipnotizador había dormido seguía ascendiendo. Mientras la atención de la multitud se había distraído con el fatal colapso del Hipnotizador, el joven había continuado subiendo. Se hallaba ahora a más de dos metros de altura por encima de la plataforma y moviéndose inexorablemente hacia arriba. Incluso después de la muerte del Hipnotizador continuaba obedeciendo aquella orden final: “¡Arriba!”.

El locutor, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, dio un frenético salto tratando de agarrar al joven, pero fracasó en su intento. Sus dedos solo pudieron rozar a la moviente figura antes de caer de bruces sobre la plataforma.

La rígida forma siguió flotando hacia arriba, como atraída por una especie de invisible imán.

Las mujeres empezaron a gritar histéricamente; los hombres vociferaban. Pero nadie sabía qué hacer. Una expresión de terror llenó los ojos del locutor al mirar hacia arriba.

—¡Baja, Frank! ¡Baja! —gritó la multitud—. ¡Frank!, ¡despierta!, ¡baja!, ¡párate, Frank!

Pero la rígida forma de Frank se movía incesantemente hacia arriba. Arriba, arriba, hasta que alcanzó el nivel del techo del barracón, hasta que alcanzó la altura de las copas de los árboles más altos, hasta que sobrepasó los árboles y siguió ascendiendo en dirección al despejado cielo de aquella noche de inicios de octubre.

La mayoría de los espectadores se cubrieron los horrorizados rostros con las manos.

Los que continuaron mirando vieron a la forma flotante ascender hacia el cielo hasta que no fue más que una leve mancha, como un diminuto cilindro acercándose cada vez más a la luna.

Luego desapareció del todo.

► Actividades

1. Como seres humanos, con frecuencia nos sorprendemos, nos asombramos. A veces nos asombramos con los inventos que otros seres humanos han creado; en otras ocasiones esa sensación de maravillarnos nos ocurre al contemplar algún fenómeno de la Naturaleza. Haz un listado de las diez cosas que más te asombran o te maravillan y compártela con familiares o amigos.
2. En la Guía 4 leíste el cuento “Sennin”. En ese cuento, un hombre, después de mucho tiempo y esfuerzo, aprendió a volar. Imagínate un diálogo entre ese hombre y el del cuento “Levitación”, en el cual ambos se encuentran en medio del cielo, entre las nubes. ¿Qué le diría el uno al otro? Escribe el diálogo en tu cuaderno y compártelo con alguien más.
3. ¿Alguna vez has visto algo que no puedes explicar muy bien? Muchas veces hay situaciones o inventos que no puedes comprender del todo, aunque nuestra mente sea muy veloz, ingeniosa y recursiva... Describe lo mejor que puedas eso que viste y no alcanzas a comprender y cuáles son las teorías que has pensado sobre lo que realmente estaba pasando.

Más allá de la realidad



Dicen que un sabio dijo...

"El lenguaje no solo describe la realidad, sino que además es capaz de crearla".

Mario Alonso Puig

Los mundos imposibles

Una de las cualidades más sobresalientes de los seres humanos es la capacidad de inventar historias que rompen con las leyes naturales, y de crear mundos y universos que solo son posibles si se conciben con la imaginación.

Esta capacidad para crear otras realidades nos ha brindado un sinfín de historias, de las que podemos disfrutar a través de la literatura, la pintura, el cine, el teatro, la música y la danza.

¿Pero para qué nos pueden servir las historias que nos cuentan acontecimientos que no sucedieron nunca y que nunca sucederán, y que además escapan a las leyes más elementales de la realidad?

Lo primero que salta a la vista es que durante siglos y siglos de tradiciones, estas historias han sido utilizadas para transmitir enseñanzas y han servido como un faro que nos ilumina el camino y nos muestra las buenas costumbres. Bajo el disfraz de los lobos feroces y hambrientos que hablan, o de las zorras astutas que se mantienen atentas a crear intrigas, se ocultan oscuras facetas de la personalidad humana, a las que debemos estar atentos.

Cuentos y fábulas en los que abundan estos personajes nos alertan sobre la brutalidad que se puede esconder en el corazón de algunas personas o sobre la maldad inevitable que demuestran cuando interactúan con otros. Es decir, las imágenes irreales o ficticias con frecuencia funcionan como metáforas que nos invitan a comprender algo del mundo, pero lo suavizan al presentarlo sin tanta crudeza.

Pero no todos son personajes malvados: también hay magos, hadas, gigantes, dioses y otros seres que parecen simbolizar fragmentos de lo mejor del alma humana, sus ansias, sus facultades, sus esperanzas. Nos han mostrado que siempre hay una puerta abierta por la que podemos acceder a un mundo mejor.

Por otro lado, estos mundos imposibles también nos sirven para crear imágenes que nos pueden despertar emociones como la alegría, la tristeza, la extrañeza o el miedo, y durante siglos nos han servido para fortalecer nuestra imaginación y expandir los límites de lo que podemos crear: nos han servido de inspiración para innovar e inventar. Nos acompañan desde que somos muy pequeños y los disfrutamos hasta que somos ancianos. Nos dan pistas sobre el futuro y sumergirnos en ellos es una forma de abrirnos a todo lo nuevo que puede llegar, por increíble o irracional que parezca. Los mundos imposibles nos ayudan a comprender el pasado y a prepararnos para el futuro.

► Vamos a leer

Hoy traemos el cuento “Pie ante pie”, de Marina Colasanti, un relato lleno de sucesos extraños que desafían la realidad y que nos llama a dejar volar la imaginación y a visualizar situaciones que aparentan ser imposibles.

Antes de leerlo, mira atentamente todos los zapatos, botas o chanclas que tengas. Piensa para qué y cuándo utilizas cada uno. Imagina cómo serían unos zapatos que te sirvieran para volar o para correr a la velocidad del rayo.

Pie ante pie

Marina Colasanti

Nariz puntuda, mirar agudo, gesto de seda. Dicho eso, está descrito el zapatero real. No del rey, porque no lo había en aquel reino, sino de la reina, dueña del cetro y la corona.

Y no solo de ella, pues con holgura alcanzaba para más de una persona el talento del zapatero: también de las damas de compañía y, a veces,

de algunas escasas cortesanas y escasísimos cortesanos escogidos por el dedo real.

Entre esos cortesanos, sucedió que un día vino a incluirse el gran general, así llamado no tanto por la estatura, bastante vulgar, por cierto, como por sus incontables victorias en los campos de batalla. Queriendo precisamente recompensarlo por la última, y ya que no había más medallas para colocar en su pecho, ni más espacio en este para prender medalla alguna, pensó la reina que el premio podría consistir en un bello par de botas, fabricadas especialmente para él por el zapatero real.

Ignoraba la soberana que así se tratara de un inigualable artesano poco o nada entendía de botas el zapatero. Sus hábiles dedos lucían más en la confección de zapatillas delicadas, babuchas, primores de satín y terciopelo adornados con lazos y rematados en altos y finos tacones.

Incluso los calzados masculinos, que tan raras veces fabricaba, tenían por destino personajes de la corte, y eran casi tan graciosos como los de las damas. Botas no habían salido de sus manos.

Aun así, se esmeró cuanto pudo. Durante días trabajó el firme cuero, las gruesas suelas, los duros tacones. Todo le resultaba ajeno. Su ceño se fruncía, sus dedos se herían. Pero el martillo batía, las agujas subían y bajaban. Y por fin, cuando las botas estuvieron listas, les regaló un brillante par de hebillas de plata, y se regaló a sí mismo una amplia sonrisa.

Ansioso de estrenarlas, y no viendo ocasión propicia, el general trató de buscar una. A la primera provocación de un vecino enemigo declaró inevitable la batalla. Y allá se fue, con las altas botas relucientes y el sombrero emplumado, al frente de sus tropas. Reverdecía el campo que muy pronto estaría rojo. El enemigo erguía sus mosquetes en un flanco, los oficiales desenvainaban las espadas en el otro. El general alzó el brazo. Los trompeteros tocaron al ataque. Los soldados avanzaron raudos hacia el frente.

Pero en lugar de sentir que arremetía contra el adversario en alas de un heroico coraje, el general advirtió que sus pies retrocedían, lleván-

dolo inapelablemente en dirección opuesta. La tropa boquiabierta vio cómo su líder salía corriendo, de espaldas. Y aunque sin entender la inusitada maniobra militar, siguió su ejemplo. Caían algunos por falta de habilidad, tropezaban otros, mientras la mayoría retrocedía como un bando de escorpiones, abandonando el campo de batalla entre las carcajadas del enemigo.

Sin aliento, sin gloria y sin sombrero de plumas logró al fin sentarse en el suelo el general. Se descalzó las botas, y los pies se movieron, libres, confirmando sus sospechas. Eran ellas las responsables, ellas que con sus hebillas de plata y su brillo engañoso habían comandado sus pasos rumbo a la degradación.

Si la cabeza del zapatero no rodó fue solamente porque gustaban de ella los pies reales. Y porque él, contrito, admitió su error, confesando que por falta de costumbre había cosido las gruesas suelas, ¡y con cuánto esmero!, de atrás hacia delante. Jamás volvería a suceder, prometió.

Y la reina, para demostrarle que lo había perdonado y para amasar las iras del general, le pidió para él un nuevo calzado. No más botas, claro, pues el reino no podía correr tamaño riesgo. Serían zapatos, iguales a los que usan en la corte.



Esta vez el zapatero no tuvo que fruncir el ceño ni herirse los dedos. Hacer zapatos cortesanos era justamente su único y verdadero oficio. Y sabía ejercerlo mejor que nadie. Muy pronto estuvieron terminados.

Y muy pronto los calzó el general. Y con ellos en los pies fue a plantarse con sus hombres en aquel mismo campo de batalla que había presenciado su deshonra. El enemigo erguía sus mosquetes en un flanco. Se desenvainaban en el otro las espadas. El general levantó el brazo dando la orden. Los trompeteros soplaron sus instrumentos. Las primeras notas del toque de asalto inundaron el aire. La tropa avanzó rauda hacia el frente.

Pero al sonido de las notas, los zapatos, hechos para la corte y preparados para los bailes, empezaron a danzar. Giraba el general, dando saltitos. La tropa, consternada pero adiestrada en la obediencia, siguió de nuevo sus pasos. Oficiales y soldados se deslizaron dando vueltas, solos o en parejas, bailarines de armas en mano pisoteando con pies ágiles el campo lleno de amapolas, mientras a lo lejos, cada vez más lejos, resonaban las carcajadas del adversario.

Esta vez ni la benevolencia de la reina pudo impedir que el zapatero fuese encerrado en la torre más alta del reino, a la espera del cadalso.

Y ahí estaba pues él, sentado en un frío piso de piedra, contemplando en lo alto, muy en lo alto, la única ventana de la torre, y más allá, a través de ella, el cielo azul.

Toda la tarde la pasó en esa contemplación, dejando que se apagara aquel azul que tal vez sería el último.

Y poco a poco el azul se hizo violeta. Y en el violeta cada vez más oscuro se recortó una silueta, y después otra, y otra.

Eran murciélagos que se lanzaban a la noche. En un raptó de ternura, el zapatero se acordó de su taller, de los pequeños zapatos colgados del techo sobre su cabeza, en ordenada fila, par a par, montando guardia a su labor, pendiendo como murciélagos en su sueño diurno.

Allá arriba entrevió otra forma móvil, fugaz. Se quitó entonces los zapatos. Con cuidado los ató por los cordones. Después, introduciendo en uno la mano y el pulgar en el otro, los unió con firmeza, levantándolos del suelo.

Como si despertaran al toque de sus manos, los zapatos se estremecieron. Muy despacio empezaron a moverse, revolotearon como dos alas negras. Dos alas que, batiendo lentas al principio, luego cada vez más rápidas, ascendieron, llevando consigo al zapatero. Y en la oscuridad que ya invadía la torre como agua en un pozo, lo llevaron hasta la ventana y se internaron con él en el cielo color violeta.

► Actividades

1. ¿Qué crees que habría pasado si el zapatero hubiera hecho para el general unas botas pantaneras o unos guayos de fútbol? Escribe en tu cuaderno esta escena para complementar el cuento.
2. Si pudieras conseguir unos zapatos con superpoderes, ¿qué poder te gustaría que tuvieran? Escribe tu respuesta y compárala con la de alguien más.
3. “Ponerse en los zapatos del otro” es una expresión que nos invita a ser empáticos, a comprender el punto de vista de los otros. Ponte los zapatos de tu padre, tu madre o algún adulto de tu familia y da una pequeña vuelta por la casa pensando cómo es la vida de esa persona. Luego, con los zapatos puestos, escribe un cuento donde relates la historia de un día en la vida del dueño de esos zapatos.
4. Escribe un cuento en el que el personaje principal tenga un objeto mágico que le sirva para algo que de otro modo sería imposible.
5. Después de leer este cuento y de reflexionar sobre los mundos imposibles, ¿se te ocurre algún invento que crees que debería existir en el mundo y aún no se ha desarrollado? Descríbelo y compártelo con tus compañeros.

Sueño que sueño



Dicen que un sabio dijo...

"Los sueños, si son algo buenos, siempre son un poco locos".

Ray Charles

Los sueños

Tal vez conoces personas que dicen que nunca sueñan, o tú mismo puedes pensar que solo sueñas algunas noches, pero la verdad es que todos soñamos y lo hacemos cada vez que dormimos. Lo que pasa es que no siempre podemos recordar lo que soñamos. Recordar los sueños es una cuestión de voluntad y práctica. Para lograrlo necesitas querer hacerlo. Hay dos hábitos que pueden servir: pensar, antes de dormir, que quieres recordar los sueños y llevar tus preguntas o inquietudes al mundo onírico; y al despertar, intentar recordarlos. Si te das a la tarea de escribir lo que sueñas, cada vez será más fácil recuperarlos.

¿Por qué soñamos? Este todavía es un gran misterio que probablemente nunca podamos resolver del todo. Sin embargo, se dice que soñar nos ayuda a asimilar lo que nos pasa en el día a día, a gestionar las emociones que nos embargan. Con frecuencia los sueños también nos ayudan a resolver problemas o preocupaciones que tenemos en nuestras horas de vigilia, y es por esto que, en ocasiones, al levantarnos mágicamente tenemos una idea para solucionar algo que creíamos imposible.

Los sueños han sido por siglos fuente de inspiración para la humanidad, pero también de inquietudes y misterios; además de materia prima para artistas, místicos, filósofos, adivinos, científicos e inventores, que han encontrado en ellos las ideas para sus obras, las respuestas a sus preocupaciones o la chispa creativa para sus inventos o descubrimientos... Los sueños han formado parte de la vida de todas las personas.

Hay sueños recurrentes, que parece como si pasaran de generación en generación, como aquellos donde volamos, donde algo nos persigue, donde caemos desde las alturas, donde aparecemos desnudos en medio de la multitud, donde nos damos cuenta de que estamos soñando y podemos “cambiar la historia del sueño”, o esos sueños en los cuales vaticinamos algo que todavía no ha sucedido. ¿Qué tal que los sueños te ayudaran a encontrar algo?, ¿qué tal que soñaras con alguien que sueña contigo?, ¿o que encontraras un lugar que visitaste en un sueño?

Y tú ¿qué has soñado últimamente?

► Vamos a leer

Para hoy traemos dos cuentos cortos. El primero, “La historia de los dos que soñaron”, de Gustavo Weil, un alemán que se desempeñó como lingüista e investigador de las culturas orientales. El segundo es un relato anónimo llamado “La casa encantada”. Ambos nos hablan sobre los misterios que nos plantean los sueños y sobre cómo pueden convertirse en guías.

Antes de leer, te invitamos a escribir algún sueño que hayas tenido, con el mayor número de detalles que recuerdes. Si no se te ocurre ninguno, puedes hacer una siesta e intentar recordar si sueñas y escribirlo. Cuando estés listo..., ¡a leer!

Historia de los dos que soñaron

Gustavo Weil

Cuentan los hombres dignos de fe (pero solo Alá es omnisciente y poderoso y misericordioso y no duerme) que hubo en El Cairo un hombre poseedor de riquezas, pero tan magnánimo y generoso que todas las perdió, menos la casa de su padre, y que se vio forzado a trabajar la tierra para ganarse el pan. Un día trabajó tanto que el sueño lo rindió debajo de una higuera de su jardín y vio en el sueño a un desconocido que le dijo:

—Tu fortuna está en Persia, en Isfaján; vete a buscarla.

A la madrugada siguiente se despertó y emprendió el largo viaje y afrontó los peligros de los desiertos, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. Llegó al fin a Isfaján, pero en el recinto de esa ciudad lo sorprendió la noche y se tendió a dormir en el patio de una mezquita. Había, junto a la mezquita, una casa y por el decreto de Dios Todopoderoso una pandilla de ladrones atravesó la mezquita y se metió en la casa, y las personas que dormían se despertaron y pidieron socorro. Los vecinos también gritaron, hasta que el capitán de la guardia de aquel distrito acudió con sus hombres y los bandoleros huyeron por la azotea. El capitán hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y lo llevaron a la cárcel. El juez lo hizo comparecer y le dijo:

—¿Quién eres y cuál es tu patria?

El hombre declaró:

—Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Yacub el Magrebí.

El juez le preguntó:

—¿Qué te trajo a Persia?

El hombre optó por la verdad y le dijo:

—Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfaján porque ahí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfaján y veo que la fortuna que me prometió ha de ser esta cárcel.

El juez echó a reír.

—Hombre desatinado —le dijo—, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín. Y en el jardín un reloj de sol y después del reloj de sol, una higuera, y bajo la higuera un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, has errado de ciudad en ciudad, bajo la sola fe de tu sueño. Que no vuelva a verte en Isfaján. Toma estas monedas y vete.

El hombre las tomó y regresó a la patria. Debajo de la higuera de su casa (que era la del sueño del juez) desenterró el tesoro. Así Dios le dio bendición y lo recompensó y exaltó. Dios es el Generoso, el Oculto.

La casa encantada

Cuento popular

Una joven soñó una noche que caminaba por un extraño sendero campesino, que ascendía por una colina boscosa cuya cima estaba coronada por una hermosa casita blanca, rodeada de un jardín. Incapaz de ocultar su placer, llamó a la puerta de la casa, que finalmente fue abierta por un hombre muy muy anciano, con una larga barba blanca. En el momento en que ella empezaba a hablarle, despertó.

Todos los detalles de este sueño permanecieron tan grabados en su memoria que por espacio de varios días no pudo pensar en otra cosa. Después volvió a tener el mismo sueño en tres noches sucesivas. Y siempre despertaba en el instante en que iba a comenzar su conversación con el anciano. Pocas semanas más tarde la joven se dirigía en automóvil a una fiesta de fin de semana. De pronto, no tuvo más opción que detener el auto. Allí, a la derecha del camino pavimentado, estaba el sendero campesino de su sueño.

Se bajó y echó a andar por el sendero, con el corazón latiéndole alocadamente.



Ya no se sintió sorprendida cuando el caminito subió enroscándose hasta la cima de la boscosa colina y la dejó ante la casa cuyos menores detalles recordaba ahora con tanta precisión. El mismo anciano del sueño respondía a su impaciente llamada.

—Dígame —dijo ella—, ¿se vende esta casa?

—Sí —respondió el hombre—, pero no le aconsejo que la compre. ¡Un fantasma, hija mía, frecuenta esta casa!

—Un fantasma —repitió la muchacha—. Santo Dios, ¿y quién es?

—Usted —dijo el anciano, y cerró suavemente la puerta.

► Actividades

1. ¿Qué es lo que más te gusta de soñar o cuál ha sido el mejor sueño que has tenido?, ¿alguna vez ha pasado algo raro o misterioso con tus sueños? Conversa sobre los sueños con tu familia, tus compañeros o tu maestro.
2. Escribe algún sueño que hayas tenido últimamente con la mayor cantidad de detalles posible. Luego, ilústralo. También puedes escribir e ilustrar algún sueño que hayas tenido hace mucho tiempo, pero que todavía recuerdas con claridad.
3. ¿Cuál de los dos cuentos anteriores te gustó más y por qué? Lee en voz alta ambos a tus familiares, compañeros o a tu maestro, y conversa con ellos sobre cuál es su favorito.
4. ¿Qué te imaginas que pasó con la chica del cuento “La casa encantada” después de que el anciano cerró la puerta? Continúa el relato... : tal vez no se ha terminado.

Soñar con los ojos abiertos



Dicen que un sabio dijo...

"Los libros son la vía de escape de la cotidianidad. Con ellos se puede volar sin tener alas y soñar estando despierto".

Alexia Mars

Soñar despiertos

A veces nos pasa que nos quedamos con la mirada fija en algún punto, pero no estamos observando lo que hay ahí afuera, sino que estamos atentos a imágenes que produce nuestro cerebro. Este estado puede durar desde segundos hasta minutos y con frecuencia es llamado “soñar despierto”.

Frecuentemente nos quedamos absortos, mirando al vacío, imaginando nuestro futuro. Y nuestra mente se llena de imágenes alimentadas por nuestros sueños y deseos, y nos vemos como grandes deportistas celebrando algún logro; o como grandes estrellas, rodeados de la atención de las demás personas; o nos vemos ricos, viviendo en la abundancia. Y aunque soñar es gratis y el solo hecho de imaginarlo no nos va a convertir en lo que soñamos, a través de estos “sueños despiertos” podemos encontrar pistas de lo que deberíamos hacer para convertirnos en lo que queremos. Porque si nos vemos como grandes deportistas, seguramente también alcanzamos a imaginar que entrenamos duro; o si nos vemos como una celebridad, visualizamos aquel talento que tenemos y la mejor forma de sacarle provecho; o si nos vemos ricos y viviendo en la abundancia, seguramente proyectamos el trabajo duro y comenzamos a esclarecer los pasos necesarios para alcanzar el éxito con nuestros proyectos.

A veces también nos quedamos absortos revisando nuestro pasado, en un momento de desconexión de la realidad. En estos instantes algo importante

está ocurriendo en nuestro interior: estamos haciendo una revisión de acontecimientos, reinterpretándolos, encontrando nuevos detalles que tal vez no habíamos notado en el momento en que los vivimos. Cuando esto sucede es como si una nueva luz alumbrara nuestra vida pasada para comprender de otra manera por qué actuamos como actuamos en determinada situación y, probablemente, aparecen otras alternativas que habríamos tenido para actuar. Es algo así como llorar sobre la leche derramada. Y aunque no podemos hacer nada para cambiar nuestro pasado, sí nos sirve para aprender de aquella situación y tenerla presente para cuando en el futuro nos encontremos con un escenario similar.

“Soñar despiertos” también es un proceso que nos puede ayudar a solucionar problemas o a encontrar inspiración, y artistas y científicos recurren con frecuencia a esta especie de ensimismamiento como fuente de materia prima para sus obras, sus inventos o sus descubrimientos.

Sin embargo, hay que tener cuidado con los “sueños despiertos”. No podemos olvidar que no dejan de ser procesos mentales y que nos corresponde a nosotros hacer realidad lo que en ellos visualizamos. Si nos quedamos solamente pensando, podemos engañarnos a nosotros mismos, creer que somos lo que no hemos hecho, llenarnos de deseos irrealizables y, tal vez, dejar pasar las oportunidades que nos presenta la vida.

► **Vamos a leer**

León Tolstói (1828-1910) fue un autor ruso que escribió numerosos cuentos y novelas. Es uno de los más grandes exponentes del realismo ruso y fue nominado varias veces al Premio Nobel de Literatura, pero nunca lo ganó. Fue un autor profundamente espiritual, muy interesado en los dilemas morales y la psicología humana. Hoy queremos compartir “El campesino y los pepinos”, donde nos habla sobre esos momentos de ensimismamiento en los que parece que nuestros pensamientos toman el control y nos aislamos de la realidad.

Para leerlo te invitamos a sentarte en medio de algún cultivo, observar los frutos o las flores de las plantas y a imaginar qué tan grande va a ser la cosecha y qué se podría comprar con ella.

El campesino y los pepinos

León Tolstói

Una vez, un campesino fue a robar pepinos a una huerta. Mientras se deslizaba hacia el sembrado, pensaba: si consigo llevarme un saco entero de pepinos, los venderé y con ese dinero compraré una gallina. La gallina pondrá huevos, los empollará y nacerán muchos pollitos. Criaré los pollitos, los venderé y compraré una lechoncita. Cuando crezca, tendrá una buena cría. Venderé los lechoncitos y me compraré una casa y haré una huerta. Sembraré pepinos en ella, pero no permitiré que me los roben. Pondré unos guardias muy severos para que me vigilen los pepinos. Y, de cuando en cuando, me daré una vueltecita por allí y les gritaré: “¡Eh, amigos, vigilen con más atención!”.

Sin darse cuenta, el campesino se olvidó de que estaba en un huerto ajeno y dijo esas palabras en voz muy alta. Los guardianes de la huerta, al escuchar su llamada de atención, se abalanzaron sobre él y le dieron una buena paliza.



► Actividades

1. ¿Cuáles son tus sueños para cuando seas mayor?, ¿has tenido sueños que luego se convierten en pesadillas?, ¿cómo han sido?
2. ¿Te ha pasado que “sueñas despierto”? Escribe en tu cuaderno los pensamientos más recurrentes que pasan por tu mente cuando esto sucede.
3. ¿De qué te gustaría tener un negocio?, ¿qué necesitarías para empezar y cómo continuarías para poder hacerlo realidad? Escribe un texto donde hagas esta proyección.

Salpicón de cuentos

Resulta que, después de pasar por la imprenta, los cuentos de este libro se revolvieron, se mezclaron y decidieron encontrar otros caminos, otras historias inesperadas. Pero te necesitan. Con la ayuda de tu imaginación te invitamos a ejercitar la escritura y a continuar este salpicón de cuentos que se han quedado inconclusos y tal vez solo tú podrás encontrarles un desarrollo adecuado y un buen final:

1. Un día un hombre compró un espejo y lo puso en su huerta. Por la noche un ladrón entró para robarse los pepinos que el hombre cultivaba y vio el espejo clavado en la huerta...
2. Mientras viajaban juntos y conversaban sobre las diferencias de sus vidas, un monje y un samurái se encontraron de pronto en el corredor de una casa. Ambos se miraron extrañados porque habían soñado con ella la noche anterior. Tocaron la puerta...
3. Un vagabundo al que le encantaba trovar y no sabía hacer nada más, se encontró un día con un letrero que decía “Se busca sennin milagroso. Buena paga. Interesados tocar esta ventana”. El vagabundo se metió las manos en los bolsillos y no encontró ni una moneda, así que...
4. Había una vez un hombre que quería convertirse en santo y desarrollar poderes sobrenaturales. Una noche tuvo un sueño y despertó con la idea de que debía realizar un largo viaje para realizar su destino. Así que decidió partir...
5. Había una vez dos mulas que eran muy amigas y siempre trabajaban juntas. Un día a una le cambiaron las herraduras y empezó a caminar de para atrás. La otra mula y el arriero la miraron con extrañeza. La misma mula no sabía qué pasaba...
6. Un día iba un payasito caminando por la calle y, sin saber muy bien por qué, se empezó a reír. Su risa era incontenible y no podía parar, y cada vez se hacía más fuerte. De pronto sus pies se levantaron del suelo...

7. La niña de esta historia era amiga de los atardeceres. Todos los días, cuando el cielo se teñía de muchos colores, le hablaba con dulzura...
8. Cristóbal Colón se cansó de que lo reconocieran en todas las esquinas de Madrid y se vistió con la túnica de un campesino. Ya nadie lo saludaba, pero a veces, cuando se sentaba mucho rato en algún lugar, los pájaros...
9. Un muchacho estaba enamorado de una muchacha. Y una muchacha estaba enamorada de un muchacho. Pero cuando alguno le quería decir “te amo” o “te quiero” al otro se le iba la voz y no la recuperaba hasta que le quería preguntar alguna cosa cotidiana o trivial como si quería azúcar para el café. Esto duró varios meses, hasta que...
10. La verdad es que nadie supo si era gol o no era gol. Ni el portero, ni el que pateó, ni el árbitro, ni el profesor, ni nadie de los dos equipos. Pero todos gritaron o “goool” o “no entróóó”. El asunto estaba difícil de decidir, así que resolvieron...
11. Había una vez un cirujano que sabía muchas cosas. Sabía tantas que se le dificultaba escuchar consejos. Un día le propusieron que matara al rey y lo convertirían en un ministro. A pesar de que su madre siempre le había dicho...
12. Un día, en medio de la batalla, el samurái se dio cuenta de que su destino era ser un monje y no un guerrero. Se quitó su armadura, se sentó en el campo de batalla y esperó la muerte o la iluminación. Sin embargo...
13. Después de que el joven terminó de hacer su vestido con los elementos de la naturaleza, lo depositó en el suelo y caminó tranquilamente. Un hombre lo vio y quiso sembrar en él una huerta de pepinos...
14. Cuando el aserrador se dio cuenta de que ya no había más árboles que aserrar, abrió su mochila y sacó una túnica de monje. Todos los miraron sorprendidos, pero él...
15. Un niño que caminaba por la calle se encontró una voz ajena tirada en el suelo. La tomó, la guardó en un bolsillo y se la llevó a la casa sin que nadie se diera cuenta. Por la noche...



Este libro pertenece a:
